

ARTURO CAPDEVILA

El Amor de Schahrazada



1919

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada
Avenida de Mayo 791

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

EL AMOR DE SCHAHRAZADA

Libros publicados por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

I—Fernández Moreno.—*Ciudad.*
II—Horacio Quiroga.—*Cuentos de Amor de Locura y de Muerte.* (Segunda Edición).
III—Carlos Ibarguren.—*De nuestra tierra.*
IV—Manuel Gálvez.—*La sombra del convento* (novela).
V—Ernesto Mario Barreda. — *Las rosas del mantón.*
VI—Carlos Muzzio Sáenz-Peña.— Versión castellana de *La cosecha de la fruta* de Tagore (2a. edición).
VII—Arturo Capdevila.—*El libro de la noche.*
VIII—Ricardo Jaimes Freyre.—*Los sueños son vida.*
IX—Luisa Israel de Portela.—*Vidas tristes* (2a. edición)
X—Pedro Miguel Obligado.—*Gris*
XI—Mario Bravo.—*Canciones y Poemas.*
XII Juan Carlos Dávalos.—*Salta.*
XIII—Alfonsina Storni.—*El dulce daño.*
XIV—Alvaro Melián Lafinur.— *Literatura contemporánea.*
XV—José Leon Pagano.—*El santo, el filósofo y el artista.*
XVI—Arturo Capdevila.—*Melpómene.*
XVII—Benito Lynch.—*Raquela* (novela)
XVIII—Augusto Bunge.—*Polémicas.*
XIX—Carlos Correa Luna.—*Don Baltasar de Arandia.*
XX—Horacio Quiroga.—*Cuentos de la selva.*
XXI—Delfina Bunge de Gálvez.—*La nouvelle moisson.*
XXII—Juan Alvarez.—*Buenos Aires.*
XXIII—M. A Barrenechea.—*Historia estética de la música.*
XXIV—Marco M. Avellaneda — *Del Camino andado.*
XXV—Vicente A. Salaverri—*El Corazón de María* (novela).
XXVI—Arturo Capdevila.—*La Sulamita.*
XXVII—Mariano de Vedia y Mitre—*El Gobierno del Uruguay.*
XXVIII—Alfonsina Storni.—*Irremediablemente...*
XXIX—Roberto Gache.—*Glosario de la farsa urbana.*
XXX—Juana de Ibarbourou.—*Las lenguas de diamante.*
XXXI—Atilio Chiappori.—*La belleza invisible.*
XXXII—Arturo Capdevila.—*El Amor de Schahrazada.*

PROXIMAMENTE

XXXIII—Alejandro Castiñeiras. — *Máximo Gorki* (Su vida. sus ideas y sus obras).

ARTURO CAPDEVILA

El Amor de Schahrazada



1919

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada
Avenida de Mayo 791

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

OBRAS DE ARTURO CAPDEVILA

POESIA:

Jardines solos .... (agotada)
Melpómene .... (2ª edición)
El Poema de Nenúfar .... (agotada)
El libro de la Noche .... (en librería)

ALTOS ESTUDIOS:

Dharma: Influencia del Oriente en el Derecho de Roma .... (agotada)

TEATRO:

La Sulamita. .... (3ª edición)

FILOSOFIAS:

La Dulce Patria .... (en libreria)

TRADUCCIONES DE FOLCO TESTENA:

Melpómene .... (ed. italiana)
La Sulamite. .... (id. id.)

DRAMATIS PERSONAE

SCHAHRAZADA.
SCHAHRIAR.
EL VISIR.
EL MERCADER.
BOTÓN DE ROSA·
DELICIA DEL·TIEMPO.
ZEINAB.
LUZ DEL CAMINO.
ESTRELLA DE LA MAÑANA.
ELL - SETT - BUDUR.
EL PORTA - ALFANGE.

Esto sucede en Sassán, por tiempos del rey Schahriar.
Derecha e izquierda del espectador.

I

LA HORA DEL DIVAN

Quién no quisiera ser Visir! Se nos vuela el alma de su envoltura, ansiosa de vidas remotas.

Ahí está la sala de los azulejos. Han cerrado las puertas labradas, que a izquierda y derecha llevan a las habitaciones. Han corrido en las grandes ventanas que dan al foro, las cortinas magníficas, por donde se tamiza la luz ardiente de la siesta.

Sólo la puerta de foro se abre de par en par. Por ella se ve el jardín del patio y la galería calada que lo encie--rra. Rientes, luminosos y alegres, se ve y se oye caer sobre los tazones de mármol, los claros chorros de los surtidores.

Y qué de alfombras en la brillante sala! Y qué de esparcidos almohadones de seda! Cuántos divanes para reclinarse y soñar! Cuántos taburetes, con bandejas relucientes de refrescos deliciosos!

Cuelgan riquísimas lámparas del techo pintado de arabescos sobre fondo azul. En las esquinas de la cámara, ánforas de oro macizo. Al levantarse el telón, el Rey Schahriar, vestido con el rojo ropón del furor, acaba de llegar por la puerta del jardín. El Visir, que lo vé, se inclina profundamente, saludando.

Es la siesta; una siesta susurrante, pesada. El aire parece un diluído rubí.

Y qué murmullo de surtidores! Y qué olor a rosas mojadas!

Pero ya empieza el diálogo:

EL VISIR

Beso la tierra entre tus manos.

EL REY

Alah te guarde. ¿Te sorprende mi visita?

EL VISIR

Me enaltece y me honra.

EL REY

No es frecuente que los reyes visiten a sus visires en la siesta.

EL VISIR

De veras que has llegado a una hora en que solamente el sol entra en los patios.

EL REY

Por si no sabes lo que es un juramento, he venido a enseñártelo. Tres años van que enviudo en cada nueva mañana. Lo juré y lo cumplo. Lo cumplí y lo seguiré cumpliendo. Lo juré por la tumba de mis antepasados... No se conoce entre reyes juramento más grande... Para no olvidarlo nunca,visto en

lugar de sedas de colores alegres, este ropón del furor, que es rojo como mi ira. ¿Entiendes, Visir? Yo soy el que amó mucho y se arrepintió mucho más. Yo soy el que mata lo que ama... Levanten otros para numerosas mujeres, harenes magníficos. Yo no... Yo convertí los pabellones del serrallo en sepulcros de camposanto, y a los eunucos en sepultureros. Y dí ley de que todas las doncellas de la ciudad guardaran para mí su doncellez, hasta que yo señalara el día de su boda y de su muerte. ¿Lo recuerdas bien, Visir traidor?

EL VISIR

¿Traidor?

EL REY

Traidor. Por tu culpa han huído en la última luna, cincuenta doncellas de la ciudad, sin contar las que huyeron en las otras lunas.

EL VISIR

Yo no lo pude prevenir. Los centinelas se vendieron.

EL REY

¡Lo debiste adivinar!

EL VISIR

Tuya es mi cabeza. Pero por Alah, que soy inocente.

EL REY

No ahondemos en esto aún. ¿Qué has hecho ahora para evitar que las fugas se repitan?

EL VISIR

He puesto en cautiverio a las últimas vírgenes.

EL REY

¿En dónde?

EL VISIR

A las unas en el jardín de las glorietas; a las otras aquí.

EL REY

¿Cuántas hay en el jardín de las glorietas?

EL VISIR

Tres.

EL REY

¿Y en tu palacio?

EL VISIR

Tres.

EL REY

¿Son seis las últimas doncellas?

EL VISIR

Las demás murieron por tu orden.

EL REY

Esposas murieron, vírgenes no. ¡Que lo que es éstas huyeron por tu traición!

EL VISIR

Triste de mí! ¿Qué podría yo hacer?... El terror que huye es siempre más sagaz que los visires.

EL REY

Te equivocas. El terror nunca huye bien. El terror se clava el pecho en la lanza de los visires atentos... En conclusión, cuántas quedan?

EL VISIR

Seis.

EL REY

¿Viviré solamente seis noches más?

EL VISIR

Tus noches se contarán por millares.

EL REY

¡No salen bien las cuentas entonces!

EL VISIR

No hay más recurso que en Alah...

EL REY

Yo he de pedirte noche a noche una esposa. Haz lo que debas hacer. Tienes oro y tienes armas: compra esclavas o haz la guerra. Sé prudente, sé listo y sábete que te va la cabeza!

EL VISIR

Que lo sé!

EL REY, tras una pausa.

Corona de Visires...

Otra pausa. El Rey frunce las cejas. Se ve que un pensamiento sombrío lo ha sumergido en su onda. Después cierta alegría trágica, muy suya, se le asoma al rostro en una fiera sonrisa, que acuchilla y pasa... Prosigue con burla calculada y fatídica.

... Corona de Visires: necesito saber cómo va tu memoria. ¿Podrías darme los nombres de las que esperan la muerte?

EL VISIR

¡Sin duda! Botón de Rosa... Delicia del Tiempo...

EL REY

Dos.

EL VISIR

Ell - Set - Budur... Luz del Camino... Estrella de la Mañana...

EL REY

Cinco.

EL VISIR

Y Zeinab.

EL REY

Falta una, Visir. ¡Me has engañado! Falta una.

EL VISIR

¡Por Alah, Rey, que son todas!

EL REY

¡Por Alah, Visir, que falta una!

EL VISIR

Tiembla. Se pone a contar con los dedos. Está horriblemente pálido.

Son todas... Botón de Rosa... Delicia del Tiempo... Luz del Camino... Estrella de la Mañana... Ell-Sett-Budur... y Zeinab... Son las seis.

EL REY

¡Falta una! ¿Le sabes el nombre?

EL VISIR

¡No, por el Profeta!

EL REY

Yo sí... Schahrazada...

EL VISIR, retrocediendo espantado.

¡Oh!...

EL REY

¿A dónde está cautiva Schahrazada, la perla de la ciudad?

EL VISIR, traspasado.

¡Schahrazada es mi hija, Señor!

EL REY

Responde.

EL VISIR

¡Es mi hija, Señor!

EL REY

¿A dónde, por la última vez, a dónde está cautiva?

EL VISIR

No está cautiva, Señor. Mi hija vive bajo mi techo.

EL REY

Morirá bajo el mío.

EL VISIR

Un sonido gutural ronca y solloza en la garganta del mísero ministro. Le huye la tierra bajo los débiles pies. Se siente tambalear, fulminado, por la mirada del déspota. Agobiado, ebrio, retrocede... Se apoya al fin en un diván. Su voz apenas se oye.

Schahrazada es mi hija...

EL REY

¿O tú creías, perro de ti, que morirían solamente las hijas de los otros?... No es ponzoñosa mujer tu hija también?... ¿Y tú, qué eres tú más que los otros musulmanes?

EL VISIR

Nadie... Nada...

EL REY

Escucha. Los reyes no visitan nunca la casa del súbdito sin dejar una prenda de su generosidad. Pide lo que quieras.

EL VISIR, cayendo de rodillas.

Mi hija, Señor, nada más que mi hija!

EL REY

Pide otra cosa.

EL VISIR

¿No fuí leal entre los leales? No envejecí sirviéndote?... No era yo el que, siendo tú niño, te enseñaba la ciencia y el arte y la palabra del Korán?... No peligré por tí?... Sé benigno! Ten piedad! Ten lástima de mis canas, de esta implacable nieve, que se me deshace en lágrimas!... Schahrazada es mi único bien. ¿Qué más tengo que mi hija?...

EL REY

Sea. Te renuevo una antigua promesa. Recuerdas? Es cuanto puedo hacer. Dejo la vida de Schahrazada en las manos del azar. Sólo podrá salvarse si llega a esta ciudad a pedirla por esposa, un mercader entre los mercaderes... Y ya sabes las cosas que ha de traer, y cuáles han de ser los inequívocos signos. Tú y yo lo sabemos.

EL VISIR

Un sueño imposible, eso me das.

EL REY

¿Qué más pides?

EL VISIR

Nada... ¿Y qué plazo determinas para que se cumpla el milagro?

EL REY

Seis días.

EL VISIR

¿Y si no se cumple?

EL REY

Tu hija morirá al séptimo.

EL VISIR

Piedad, Rey del Tiempo!

EL REY

Lo juro por la tumba de mis antepasados. Y no se hable más. Alah sea contigo.

Quiere el Visir incorporarse y no puede. Queda postrado sobre los cojines.

Quédate. Hasta la hora del diván el tiempo es tuyo.

Sale el Rey. Se oye un tintineo de cascabeles de oro. Es Schahrazada que ha visto a Schahriar y corre por la galería del jardín entre medrosa y traviesa, con la mano en visera sobre los ojos, mirándolo que se va... Se detiene, contemplativa, en la puerta de foro. Agil, sonriente, vuela la muy curiosa a la ventana de las colgaduras y abre las ricas cortinas. La siesta se ha nublado. El jardín da toda su alma en la fragancia de la tarde. Ya el Rey se ha ido, pasó... Schahrazada, inmóvil, se queda soñando.

SCHAHRAZADA

El Rey!... La barba negra le relucía como el acero... Sus labios, fresas... Su palidez, marfil... Sus ojos, la noche... Ya ha pasado... Pero queda su resplandor en el jardín...

Solloza el Visir. Schahrazada se recobra con alarma.

Padre... Padre!... Lloras?

EL VISIR

Bendita sea la hija mía! Bendita sea!

SCHAHRAZADA

¿Qué tienes?

EL VISIR

¡Qué tengo!... Pronto no tendré nada. Pronto habrás descendido al sepulcro.

SCHAHRAZADA

¿El Rey te ha dicho?

EL VISIR

El Rey. Para tí la muerte.

SCHAHRAZADA

¡Ya era tiempo! Si no es más que eso, no llores.

Se sienta entre los cojines, llena de pereza oriental. Se diría que se deja invadir por la muelle, por la lánguida voluptuosidad de la muerte.

EL VISIR

Desventurado de mí, visir de calamidades, cobarde de mí, perro de mí! No es sino mía la culpa horrible; mía, mía la culpa horrible!

SCHAHRAZADA

El destino nos viene de Alah. El es el Distribuidor.

EL VISIR

No, Schahrazada; nosotros hacemos el destino. Alah solamente lo cumple. Nosotros nos hacemos los males y los bienes. Y Alah dice: ¡Así sea! Ese es el espíritu de la verdadera ley.

SCHAHRAZADA

¡Tanto más claro, entonces! ¿Qué importa la vida? ¿Qué importa la muerte?

EL VISIR

¡Toda la culpa mía es! ¿Quién fué, acaso, el que al rey Schahriar lo puso sobre aviso de la infidelidad?

SCHAHRAZADA

El rey Schahzamán, su hermano...

EL VISIR

Y a Schahzamán, ¿quién se lo dijo?

SCHAHRAZADA

Sus ojos.

EL VISIR

No; los míos...

SCHAHRAZADA

Padre...

EL VISIR

Y quién fué todavía, el que le escribió a Schahriar, un billete, diciéndole: Rey, la reina te traiciona, su amante es el negro Massaúd?... Yo... Yo

mismo. ¿Y quién ideó la emboscada? Yo... Y quién le hizo ver la orgía funesta, a la luz de la luna, desde el balcón de las celosías, gritándole: — Mira, rey, tu esposa la reina maldita, te traiciona con el esclavo Massaúd y con todos los esclavos de palacio?... Yo, yo mismo. ¿Y quién le sugirió la venganza abominable?... ¿Quién?...

SCHAHRAZADA

Su alma...

EL VISIR

No, la mía. Y van tres años que la muerte reina sobre Sassán. Porque él siguió mi dictamen, consejo por consejo. Y a cada noche se desposa y a cada mañana enviuda... Así han muerto por centenares, las hijas de los nobles musulmanes... Y yo — ¡necio de mí! — no pensé que alguna vez te tocaría el turno, confiado en la promesa del rey...

SCHAHRAZADA

¿Qué promesa?

EL VISIR

Una ilusoria promesa. Si algún día, me dijo, llega por ella un mercader en tales y cuales condiciones, de tales y cuales maneras — ¡cien cosas imposibles! — tu hija será salva y se casará con él. De cualquier modo, si así no acontece, será

la última en morir... Y faltaba mucho tiempo, y la esperanza me hacía soñar. ¿Ahora cuánto falta?

SCHAHRAZADA

¡Oh, padre, el tiempo no se cuenta por días sinó por buenas obras!

EL VISIR

¿Cuánto falta? Seis días solamente... Y el Rey me dirá: Tráeme a tu hija!... Yo sollozaré transido de espanto y sobre mi pena me arrojará su babucha.

SCHAHRAZADA

Tú no sollozarás, tú serás fuerte, y el Rey se ejemplarizará en la fortaleza del Visir.

EL VISIR

¡Mucho! ¡Tengo llenos los oídos de sus injurias! Olla de perfidia... Caldera harta de pez... Cacerola de betún... Así reclamará tu cadáver. Y yo a él habré de replicarle para que no me ahorque: Escucho y obedezco... Quiero y me honro... ¡Oh, rocío y frescura!... ¡Oh, agua de rosas!... ¡Oh corona de reyes!... ¡Ah, preferible salir por los caminos de Alah, desvalido y andrajoso como un derviche!... ¡Oh, qué viniese el pájaro Rokh que pone huevos grandes como cúpulas, y alzase por los aires esta miserable casa de mi desdicha!

SCHAHRAZADA

¿A dónde llevaría la casa el ave Rokh, que no fuera al lugar señalado por tu destino?...

El Visir se incorpora. Tiene el color del azafrán. Mira hacia el jardin, mira hacia las habitaciones interiores.

EL VISIR

Custodiado de día y de noche!... Vigilado por la traición detrás de cada puerta!... La red preparada para aprisionarte, como si tú no fueras la hijita mía, la pequeñita mía!... No; tú no morirás. Tú eres la lucecita mía, la mañanita mía!... Oye... (*al oído, quebrada la voz*) Oye... Huiremos... Todo Sassán se despuebla... El terror ha puesto amarillos a los hombres... Oye... Yo tengo tres caballos veloces, de la raza de los caballos Koclanes... Yo tengo tres caballos veloces en mis pesebres... Para tí, para mí, para Dinarzada...

SCHAHRAZADA

Te sobresaltas como un niño. Me pides niñerías.

EL VISIR

No temas que nos alcancen. Son como el mismo viento...

SCHAHRAZADA

Padre, el caballo del destino es más veloz, y nos alcanza siempre. Déjame. Huye tú, huid vosotros. Yo no me iré por esos campos. Mi suerte mala o buena me espera aquí.

En eso se oyen voces por todo el palacio: Al Diván! Al Diván! Al Diván!... Schahrazada se levanta y dice:

La hora del diván, Visir. El deber es sagrado.

EL VISIR

¡La hora del diván! La hora abyecta la llamarán un día. ¡El diván! ¡La justicia! ¡Qué mentira y qué oprobio!... Y todo para elegir el nombre de una nueva desdichada, a quien le digas tú: Hermana, sonó tu hora.

De nuevo las mismas voces: Al Diván! Al Diván! Al Diván! Dice el Visir:

Al diván!... Hija mía, no te separes de mí... Mi paso vacila... En tu brazo me apoyaré y haremos camino juntos. ¡Ah, nada vale tanto en la tierra como una dulce hija!

SCHAHRAZADA

Apóyate... Serénate... Nada vale tanto en un reino como un visir valeroso. Vamos, padre.

Salen. Un heraldo vocea desde el jardín: —La hora del diván! Aquí las cautivas! Hoy elige el destino! Dichosa entre todas, la elegida de esta tarde, la reina de esta noche, la esposa del rey magnánimo!...

Voces más lejanas: Al Diván! Al Diván!...

El heraldo, de nuevo: Aquí las cautivas, a la sala del Visir!

Se va. Botón de Rosa, Delicia del Tiempo y Zeinab, que vienen lentamente de los aposentos de la izquierda, ocupan la escena.

ZEINAB

Bien haya, amigas, la amistad del Visir! Ya véis que nos da su palacio por cárcel y que a la hora de la muerte nos brinda refrescos deliciosos en su sala de honor. Bebamos, compañeras, a la salud de ese Visir miserable!

BOTÓN DE ROSA

El no tiene la culpa, Zeinab. Todos la tienen: tu padre y el mío, tu hermano y mi hermano, los que soportan y tiemblan, los que huyen y los que se quedan. Y la Ley que ha dicho: Los padres se avergüenzan del nacimiento de una hija...

DELICIA DEL TIEMPO

Adivinanza: ¿Quién es el padre de nuestra desdicha?

ZEINAB

El Visir.

DELICIA DEL TIEMPO

Adivinanza: ¿Quién es el abuelo de nuestra desdicha?

BOTÓN DE ROSA

¿Tiene también abuelo?

DELICIA DEL TIEMPO

El Rey. El tirano busca a su ministro en la sombra. Ve dos ojos que la infamia escogió para anidar, y se dice: Esos ojos me convienen. Siente cerca de sí unas manos viles, de pegajosa vileza, y dice: Esas manos me convienen. Advierte allí un oscuro corazón, una cueva del miedo, y dice: Ese corazón me conviene. Y nota esta espalda de camello y ese turbante indigno, y dice: Ya tengo a mi hombre, ya he dado con el engendrador de desdichas.

ZEINAB

La ciudad está maldita.

Un silencio. Reclinadas entre los almohadones, se han puesto pensativas, a cual más hermosa, a cual más deliciosamente melancólica.

BOTÓN DE ROSA

Nos hemos quedado silenciosas, pero corazón adentro, nos hacemos la misma pregunta: ¿Cuál

de nosotras morirá hoy?... Nos miramos de soslayo pensando: ¿Morirá Zeinab? ¿Morirá Delicia del Tiempo? ¿Morirá alguna de las que aguardan el fallo tremendo en el jardín de las glorietas?... Y cada una quiere ser la que muera para que dure un día más la esperanza de las otras.

DELICIA DEL TIEMPO

¡Oh, no!... ¿Hasta cuándo seremos víctimas de expiación, como el cordero de los judíos?... Si los hombres retroceden ante el deber sagrado, tomemos nosotras el puesto de los hombres. Mientras nosotras nos lamentamos, el déspota sortea nuestros nombres para hacernos morir... ¿Hasta cuándo?... Seamos fuertes, seamos las salvadoras... Matemos al tirano.

ZEINAB

¿Te atreverías tú?

DELICIA DEL TIEMPO

Con estos dientes le morderé la garganta, y en su agonía le tragaré la sangre. Y tú, Zeinab, ¿te atreverías?... Y tú, Botón de Rosa?...

Se oye un clamor lejano. Parece que dijeran: Tenemos reina. Mas no se oye bien. Ni se podría saber si en la algazara del grito hay un vago estremecimiento de espanto.

ZEINAB

Por Alah, no habléis. Ya eligieron una reina... Silencio, por Alah, que van a proclamarla.

Permanecen las tres de pie, petrificadas. Apenas, apenas, se siente el ritmo de la respiración en aquellos pechos oprimidos. La tarde sigue nublada. Una brisa fresca juguetea en el jardín. Se oye de nuevo un clamor. Parece que dijeran: Zeinab... Pero es imposible saberlo...

BOTÓN DE ROSA

¿Qué nombre dicen?...

ZEINAB

Silencio, por Alah... Yo creo haber oído mi nombre... ¿Oísteis?... Silencio, por Alah.

Voces distintas, las voces de los heraldos, por todo el palacio anuncian la nueva:

Reina Zeinab! Reina Zeinab! Reina Zeinab!

Las amigas sostienen en sus brazos a la infeliz que desfallece. Vencida se deja caer sobre los cojines.

DELICIA DEL TIEMPO

Ella!...

BOTÓN DE ROSA

Zeinab!...

ZEINAB

¡El reino de una noche! Y mañana la muerte... Adiós, amigas, ya se acabó Zeinab.

DELICIA DEL TIEMPO

¿Cómo? ¿No te atreves a matar al déspota?

ZEINAB

No... No... Sus ojos me fascinarán, me vencerán, me aniquilarán... No puedo! No puedo!... Rogad por mí, y mañana cuando levanten mi sarcófago cumplid la divina Ley. Poned mi rostro vuelto hacia la Kaaba de la Meca. Encended blandones alrededor de mi tumba. Tended alfombras para la plegaria. Velad por mí... Y grabad estas palabras sobre mi lápida: Aquí duerme Zeinab, la que reinó una noche, la pobre Zeinab que amaba sobre todas las cosas a Zeitún Abdalah, el jinete del desierto... Y añadid: Por piedad, pasajero, cuando vuelva Abdalah no le contéis la muerte de Zeinab. Por piedad, pasajero, decidle que Zeinab fué un sueño, que nunca vivió Zeinab... Así grabaréis en la piedra de mi tumba.

Las cautivas sollozan. De pronto entra Schahrazada que temblorosa de emoción se echa en los brazos de Zeinab.

SCHAHRAZADA

¡Amiga, la mejor amiga!

ZEINAB

Mañana seré un montón de ceniza.

BOTÓN DE ROSA

Y yo después.

DELICIA DEL TIEMPO

Y después todas. Pero ¡ay de mí! que cuando me despose el tirano, ha de probar él también la muerte roja!

SCHAHRAZADA

¿Qué has dicho, Delicia del Tiempo?

DELICIA DEL TIEMPO

Yo no soy más Delicia del Tiempo sino Venganza de la Ciudad. Los hombres huyen, las mozas se dejan asesinar. Está haciendo falta la mujer que mate. Yo te vengaré, Zeinab.

SCHAHRAZADA

Delicia del Tiempo, la vida de ese hombre es sagrada. Tú no lo matarás; no serás osada a tocarle ni un cabello entre los cabellos.

DELICIA DEL TIEMPO

¿No?

SCHAHRAZADA

¡No!

DELICIA DEL TIEMPO

¿Quién es capaz de impedirlo?

SCHAHRAZADA

Yo.

DELICIA DEL TIEMPO

¿Por qué?

SCHAHRAZADA

¡Por que lo amo!

Estupor.

¡Por que lo amo! Sábete ya que con tu vida me respondes de su vida.

DELICIA DEL TIEMPO

Calla, calla, tú loca, que me das horror!

BOTÓN DE ROSA

Ya lo oyes, Zeinab. Schahrazada profana tu agonía. No bastaba con la muerte; había que escarnecer la amistad.

ZEINAB

No bendigas, Schahrazada, si alguna vez me amaste, el alfange que me mata.

SCHAHRAZADA

Perdón, Zeinab. De ese funesto amor está llena mi alma.

ZEINAB

Con horror te escucho. Pero yo también amaba, y ya ves, mi tálamo será el sepulcro.

SCHAHRAZADA

¿Amabas?

ZEINAB

Sí, yo amaba, yo amo a un jinete del desierto, como nunca se vió otro más ágil. Su infancia corrió libre y feliz entre las tiendas de las caravanas. Zeitún Abdalah es su nombre... Hace dos lunas se despidió de mí delante de mi balcón, listo para partir a Samarcanda Al-Ajam, donde su madre se moría. A cerrarle los ojos se fué... Cuando vuelva, me dijo, traeré una yegua blanca, montarás en ella, y huiremos de la ciudad maldita... Y cuando él vuelva, ¿qué seré yo sino cenizas?...

BOTÓN DE ROSA

Habrá quien te llore, Zeinab.

DELICIA DEL TIEMPO

Habrá quien te vengue, Zeinab.

SCHAHRAZADA

Habrá quien te salve, Zeinab! Nadie morirá más por la mano de ese hombre. Dejadme... Esta tarde a la hora de la plegaria iremos todas al jardín de las glorietas. A esa hora llegará también el Rey... Entonces conoceréis mi pensamiento, entonces relampagueará mi alma delante de vuestros ojos...

ZEINAB

¡Qué piensas hacer, Schahrazada!...

SCHAHRAZADA

Cumplir con mi destino.

En eso, desde la puerta que da al jardín, la voz del Visir; una voz dichosa, clara, fresca, que antes no le conocimos. Su corazón está seguro de que Alah es grande, clemente y misericordioso.

EL VISIR

¡Ualahí, Schahrazada!... Ha llegado un merca-

der a la ciudad, un mercader de bendición. Alah nos lo envía!...

SCHAHRAZADA

Ualahí, padre! Los mercaderes como vienen se van.

Y cae el telón.

II

EL JARDIN DE LAS GLORIETAS

Se va la tarde en el antiguo jardín del Rey, donde antaño, en las primaverales noches de amor, sonaban cítaras, guitarras y tiorbas, entre un delirio de alondras, pinzones, ruiseñores y jilgueros.

Entre la arboleda, hasta el confín donde ponen su línea de gracia bosquecillos de naranjos, se alzan las uniformes glorietas que mandó construir para sepulcros de sus esposas, el monarca vengativo.

En primer término, en ociosa postura oriental, conversan las cautivas. Están formadas en hemiciclo: las tres a la izquierda, las tres a la derecha; Schahrazada al centro.

Son de admirar en los cuellos turgentes los collares de oro afiligranado; en los altos pechos las redes de pedrería deslumbradora; en los delicados talles los cinturones de cuentas de ámbar, rubíes y diamantes; en las rosadas orejas los ricos pendientes; en las suaves muñecas los brazaletes sonoros; en los finos dedos las aúreas sortijas; y ¡oh sueño! en las lindas cabezas, los velos de seda de Mosul.

De pronto, la voz del almuédano que llama a la oración. Póstranse las doncellas, la frente en tierra. Y ésta es la plegaria:

LA VOZ del Almuédano

Bismillahi' rramani' rrahim!

ELLAS

Alahu akbar! Alahu akbar!

LA VOZ

Loado Alah, dueño del Universo!

ELLAS

Alahu akbar!

LA VOZ

El clemente, el misericordioso!

ELLAS

Alahu akbar!

LA VOZ

Soberano en el día de la retribución!

ELLAS

Alahu akbar!

LA VOZ

A ti te adoramos y te pedimos socorro!

ELLAS

Alahu akbar!

LA VOZ

Dirígenos por el camino recto!

ELLAS

Alahu akbar!

LA VOZ

Por el sendero de los bienaventurados!

ELLAS

Alahu akbar!

LA VOZ

No por la senda de los que incurrieron en tu ira! No por la senda de los extraviados! Amín.

ELLAS

Amín!

Un silencio en que recobran las doncellas su reposada postura inicial.

ZEINAB

¡Y pensar que mañana no escucharé la plegaria de la tarde!

ELL - SETT - BUDUR

¡ Y pensar que de día en día habrá una musulmana menos que la escuche!

ZEINAB

¡ Quién me hubiera dado la oración que nunca se acaba, o quedarme con el rostro en tierra hasta haberme dormido!...

SCHAHRAZADA

¿ Y quién te asegura que la muerte no sea tal como dices, una plegaria inacabable con la frente en la tierra?

BOTÓN DE ROSA

La muerte, Schahrazada, es un tajo rojo en el cuello.

ESTRELLA DE LA MAÑANA

Así al menos lo hemos aprendido en la crónica de tres años malditos.

SCHAHRAZADA

¿ Pero qué dice, entretanto, el Libro de los destinos? Solamente en ese Libro está escrita la verdad.

BOTÓN DE ROSA

Dice que todavía faltan muchos lamentables entierros de muchas injustas víctimas...

LUZ DEL CAMINO

Todas moriremos de muerte afrentosa.

DELICIA DEL TIEMPO

Hasta que haya una que muera matando. Harto tengo el corazón de memorias terribles! Harto han visto mis ojos las procesiones de la muerte que presiden los lectores del Corán. Solamente Schahrazada ni vió ni oyó. Schahrazada soñaba entre tanto con el Rey Schahriar y se llamaba a sí misma la Salvadora. ¿No es verdad, Schahrazada?

SCHAHRAZADA

Todo lo ví y lo oí todo, y sufrí en mi corazón por todas las que morían. Mas podía yo ponerle el pecho al río de sangre y ordenarle "no pases"?

ELL - SETT - BUDUR

Ni lo pudiste ni lo puedes ahora.

DELICIA DEL TIEMPO

Divagas, Schahrazada. Ayer soñabas presintien-

do la embriaguez de ahora. Ahora, la embriaguez te alucina con los sueños de ayer.

SCHAHRAZADA

¿Y si fuera la hora justa del destino?

DELICIA DEL TIEMPO

No te engañes. Mira cómo se ha dilatado este jardín de los sepulcros. Mira, ebria!...

ZEINAB

Callad por compasión. No lleguéis a deciros palabras duras. Vuestras razones me caen como grandes piedras en un agua de lago. En vez de aclararme el espíritu, de veras que me lo enturbiáis... Dejadme contaros un sueño que he tenido, y si acaso lo podéis, interpretádmelo... Era una plaza inmensa, y Zeitún Abdalah al medio de la plaza, acariciando a su caballo. Cerca, numerosos mercaderes traían jaeces de montar.—Ven, Zeitún!... me puse a gritarle.—No puedo, me respondía, estoy preparando la silla de terciopelo del caballo.—Ven, Zeitún!... le gritaba, que moriré si te retardas.—No puedo, respondía, estoy comprando borlas de seda y oro para la gualdrapa.—Ven, Zeitún, le volvía a gritar, que el porta - alfange se dispone a herirme.—No puedo, no puedo, replicaba, que estoy eligiendo el mejor penacho de plumas multicolores.

Y se callaba, mientras el animal nervioso, viéndose enjaezar, miraba el horizonte con ojos chispeantes y daba con dilatadas narices, resoplidos de fuego... ¿Qué quiere decir mi sueño?...

SCHAHRAZADA

Si nadie lo sabe, yo lo sé. Alégrese la hermanita Zeinab porque Zeitún Abdalah ya se dispuso para la fiesta. Se rompió en tres pedazos el alfange del porta-alfange. Tu día ha llegado y el día de la salvación de la ciudad y el propio día mío!... Pero huyamos hacia los naranjos... Dos hombres han traspuesto la puerta de reja del jardín...

Se levantan.

ZEINAB

Yo creo en tí, Schahrazada!

Mientras se van las cautivas, Delicia del Tiempo retiene a Schahrazada y le habla.

DELICIA DEL TIEMPO

Schahrazada, ¿con qué derecho ilusionas el corazón de la que va a morir? ¿Cómo se llama este crimen que tú cometes con ella? Frunces un ojo y le haces guiños a la sabiduría. ¡Basta de farsa y de crueldad!...

SCHAHRAZADA

Delicia del Tiempo, tu lengua muerde y tu palabra envenena. ¿Por qué odias? ¿Por qué me burlas? ¿Por qué no eres como yo?...

DELICIA DEL TIEMPO

No te compares conmigo, hija del Visir asesino! Quisieras tú, toda entera, ser como lo que yo soy, medida solamente del talón a la rodilla!

SCHAHRAZADA

Te estoy mirando toda entera, y sólo mides en verdad la distancia que va de tu rodilla a tu talón!

DELICIA DEL TIEMPO

¡Que Alah te aleje!

Salen también, parecidas a huríes del paraíso, al ruido claro de los cascabeles de oro de sus tobillos.

Entran por la derecha el Visir y un mercader extranjero.

EL MERCADER

Increíbles nuevas son las que me has trasmitido, Visir! Aún me dan espanto tus noticias... Yo conocí estas tierras no hace mucho. Era un reino flo-

rido, benigno el rey Schahriar, segura su justicia, grande su liberalidad. No se sabía quién mereciera más amor, si la sultana o el sultán.

EL VISIR

Mala mujer entre las malas mujeres, la sultana! Tú la conociste también en el esplendor de su belleza. ¡Cómo resplandecía la torpe, cómo engañaba con industria la hija de calamidad! Háyala puesto Alah en el infierno!

EL MERCADER

Dijiste también que el Rey ha sacrificado la flor de nuestras doncellas y que sólo quedan esas cautivas que vimos pasar. Mañana, pues, qué hará el Rey cuando le falten esposas?

EL VISIR

Entonces mi cabeza rodará como fruta pasada.

EL MERCADER

¿Tu ilustre cabeza, Visir?

EL VISIR

Más segura está la flor en el búcaro que esta cabeza en mis hombros.

EL MERCADER

¿Hasta tu casa misma llegará el viento funesto?

EL VISIR

¡Hasta la casa misma, hasta mi hija misma! Ya nuestros días están contados.

EL MERCADER

Acaso la fiebre te hace hablar. ¿Cuándo fueron tratados así los Visires, como el común de los súbditos?

EL VISIR

¡Siempre, amigo mercader! El Visir tiene su día y el verdugo el suyo.

EL MERCADER

¿Pero has dicho que Schahrazada... que Schahrazada también morirá?

EL VISIR

Sí, también... No ves cómo ha crecido este jardín espantoso? ¿No ves aquí sepulcros y calles de sepulcros hacia el oriente y el poniente, hacia el desierto y el mar?... Por aquí corre libre el aliento de la Separadora.

EL MERCADER

¡Apenas imagino que pueda suceder todo esto!

EL VISIR

¡Y qué quieres! El desengaño de amor, el que nos hiere más hondo, nubló para siempre la pobre alma del Rey. Yo ví, yo mismo ví cómo subía, grueso, negro, alborotado como rebaño de búfalos el nublado de la muerte en el alma de Schahriar... El no tiene la culpa, si truena y relampaguea... Cuando se oscurece a nuestros ojos la pureza de la amada, el sol y las estrellas se amortiguan... El Rey se quedó en tinieblas... ¡en tinieblas!... Entre sus tinieblas anda, entre las tinieblas azuza las jaurías del crimen, sin saber nada más...

EL MERCADER

¿Te resignas, pues, a que muera tu hija?

EL VISIR

Oh!... Qué haré yo!... El tigre está hambriento... No quedará en la ciudad más que la sombra de las casas vacías... ¿No sientes que llueve sangre, que está lloviendo sangre?... Mi hija morirá como las otras, bien que se me parta el corazón. Sólo un prodigio la salvaría, si todavía se cumplieran prodigios en el mundo...

. . . .

EL MERCADER

¿Un prodigio?

EL VISIR

Sí... Pero ya no acontecen prodigios.

EL MERCADER

En suma, ¿no hay siquiera una esperanza?

EL VISIR

Juzga tú mismo. El Rey habló y me dijo: Dejo la vida de Schahrazada al azar de su destino. Será la última en morir, y sólo se salvará si llegase a la ciudad a pedirla por esposa un mercader entre los mercaderes. Palanquín de oro macizo traerá para llevarla a su país, y veinte alineados mulos portando tesoros sobre sus lomos, y todavía cien esclavos robustos, vestidos de raso rojo, con los hombros cubiertos con manto amarillo y envuelta la cabeza en muselina blanca. Ponme ese precio, me dijo, en la balanza del destino.

EL MERCADER, con transporte.

¡Oh Visir, oh corona de Visires, que Alah es grande y su misericordia infinita! Ese mercader ha llegado, y soy yo, y ese precio que pidió el Rey

está como contado sobre la balanza que eligió... ¡Que Alah es grande, Visir!...

EL VISIR

¡Presérveme Alah de las alucinaciones!

EL MERCADER

¡Qué Alah es grande, Visir! Cuatro años van que amo a tu hija, de haberla visto por las tardes, cuando era aún doncellita, al pasar por tus jardines... Mas yo era pobre como un derviche. Juré entonces dignificarme ante tí, busqué fortuna, negocié, compré, vendí, fleté buques, y soy ahora el más opulento de los mercaderes. Por Alah, Visir, corramos a palacio, y que el Rey nos escuche...

EL VISIR

Todo está hecho esta tarde por la mano de la suerte feliz! Es ya la hora en que, después de la plegaria visita el Rey a las cautivas. Míralo allí, precisamente, por la avenida del jardín.

Entran el Rey y el porta-alfange. Aqui de las rendidas reverencias. El porta-alfange toma distancia y se mantiene en rígida actitud militar.

EL REY

Visir, ¿quién es ese hombre y qué hace aquí?

EL VISIR

Mira en él un opulento mercader...

EL MERCADER

Un mercader, Señor, que besa la tierra entre tus manos, que se humilla ante tus ojos.

EL REY

¿Mas sabes adónde estás?

EL MERCADER

¡Cómo lo ignoraría! En el jardín de las glorietas, en la presencia de un rey poderoso, a quien Alah alargue los días .

EL REY

Hablas bien, mercader. Estás en el jardín de las glorietas en presencia del Rey. Pero hablarías mejor si dijeras que estás en el jardín de los sepulcros, porque esas no son glorietas, ante el tirano de la ciudad. Mala hora y mal lugar elegiste para besar la tierra entre mis manos.

EL MERCADER

¿Debo alejarme de tu lado, Señor?

EL REY

No temas. El tirano conoce la palabra del Profeta y guarda clemencia para los viajeros. ¿Cuál es tu pleito, si lo tienes?

EL VISIR

Señor, bajo la seguridad de tu pañuelo, deja que hable por él, este Visir, alfombra de tus pies.

EL REY

Te escucho.

EL VISIR

Su pleito es suyo, y también tuyo y mío, oh rey del tiempo! Porque este viajero trae el rescate de una joya que fué mía, y que había de ser tuya, si un mercader de Alah no probara que era de él.

EL REY

Nada entiendo de este enigma. ¿De qué joya hablas?

EL VISIR

Bajo la seguridad de tu pañuelo, diré su nombre. Su nombre es Schahrazada. Y todo esto se llama prodigio de Alah.

EL REY

¡Debes soñar, Visir! Olvidaste las condiciones del pacto. Habría de venir por ella un mercader entre los mercaderes...

EL VISIR

El que aquí ves.

EL MERCADER

Verdad, Señor!

EL REY

Palanquín de oro macizo traería para llevarla a su país...

EL MERCADER

Palanquín de oro macizo he traído.

EL REY

¡Sueñas, mercader! Ese no es todo el precio. Te faltarían aún veinte alineados mulos, portando tesoros sobre sus lomos, presentes para el Rey...

EL VISIR

Veinte alineados mulos ha traído portando presentes para tí...

EL MERCADER

¡Verdad, Señor! Ni uno más ni uno menos.

EL REY

Y todavía cien esclavos robustos vestidos de raso rojo.

EL MERCADER

Los he traído...

EL REY

Vestidos de raso rojo...

EL MERCADER

De raso rojo...

EL REY

Los hombros cubiertos con manto amarillo...

EL MERCADER

Así los he traído.

EL REY

Con manto amarillo, los hombros...

EL MERCADER

¡Con manto amarillo!

EL REY

Y envuelta la cabeza con muselinas blancas...

EL VISIR

Así, Señor, con muselina blanca.

EL REY

¿Verdad es esto, mercader de mal agüero?

EL MERCADER

Verdad, Señor!

EL REY

¿Palanquín de oro?

EL MERCADER

De oro.

EL REY

¿Veinte mulos?

EL MERCADER

Ni uno más.

EL REY

¿Cien esclavos?

EL MERCADER

Ni uno menos.

EL REY

Visir, tú me has traicionado, y tú, mercader, eres su cómplice. Mañana bailaréis en el aire colgados del mismo árbol. A ellos, porta - alfange, apodérate de ellos.

El porta-alfange da un paso.

EL MERCADER

Cuenta, Rey, que puedo tener testigos que me acrediten!

EL REY

A un sólo testigo le creería: a mi hermano Shahzamán. ¿Lo tienes?

EL MERCADER

Lo tengo.

EL REY

La prueba, la prueba, mercader del infierno!

EL MERCADER

Esta carta.

Saca de su turbante el pliego de Schahzamán, que lee con asombro Schahriar.

EL REY

Porta-alfange, llama aquí a las hijas de los musulmanes. Tuya es Schahrazada, mercader. Pusiste en la balanza del destino todo el precio que pedí y todavía más.

EL VISIR

¡Véme a tus plantas, oh rey, besando la tierra!

EL REY

Levántate, Visir.

En eso acuden las cautivas. Recobra el porta-alfange su rigidez militar, mientras aquéllas se postran ante el Rey, que con un signo de su diestra las exime.

Detrás de los árboles y por lo alto del cielo inflama el crepúsculo las maravillosas nubes de la tarde. Habla el REY:

Schahrazada, mientras paseabas por el parque con tus amigas, el destino hizo volar el pájaro de tu suerte. Este mercader va a decirte cómo se cumplió el prodigio.

SCHAHRAZADA

Pronuncias palabras misteriosas. ¿Qué pasa, Rey?

EL REY

Habla, mercader.

EL MERCADER

Mi historia es breve, Señor, y apenas empezó cuatro años hace, cuando me enamoré de Schahrazada... (*Sensación*) a quien sorprendí una tarde con el velo levantado en los jardines del Visir...

EL VISIR

¡Loado sea Alah que levanta los velos de las doncellas en los jardines de los Visires!

EL MERCADER

Mas yo era entonces como un derviche sin hacienda que sólo lleva su zurrón. Dejé, pues, este reino, avergonzado de mi pequeñez; púseme a trabajar en Samarcanda - Al - Ajam, la ciudad de tu ilustre hermano, y me fué acordada por el Distribuidor la prosperidad en los negocios. Atesoré, compré buques, los fleté hacia países extraños, comercié por los puertos y por las plazas. Tan costosos regalos le traje a tu hermano Schahzamán, que su noble índole hubo de favorecerme con su amistad magnánima. En esta carta que has leído te cuenta cómo quiso hacerme su ministro y cómo me desobligó cuando supo que mi amor por Schahrazada me incitaba a partir. Así no insistió más y me deseó fortuna y grato viaje. Tú sabes lo demás que pasó... Schahrazada debía morir, como

todas tus esposas, si en corto plazo no llegaba por ella un escogido mercader con tales y cuales presentes. Ese mercader soy yo.

EL VISIR

El cual trajo cada uno de los presentes que el Rey tenía señalados. Exaltado sea Alah que aclara los caminos oscuros.

EL MERCADER

Y se acabó mi historia en este día, si el Rey lo dispusiera de este modo.

SCHAHRAZADA

¿Pero esto es cierto?

EL REY

Tan cierto que mañana se celebrarán tus bodas.

EL VISIR

Alabado seas, monarca misericordioso! Preparados están los siete trajes de la desposada.

SCHAHRAZADA

¿Pero es verdad?... Amigas, estáis en torno mío con los ojos desmesurados por el asombro. Decidme que estoy soñando. Zeinab, ¿qué dices tú?... ¿Yo sueño?

ZEINAB

Tú eres libre, Schahrazada.

SCHAHRAZADA

Tú, Delicia del Tiempo, dímelo tú, ¿yo sueño?

DELICIA DEL TIEMPO

Ya dejaste de soñar y ya llega mi hora.

EL REY

No sueñas, Schahrazada. Libre eres. Saluda a tu salvador.

SCHAHRAZADA

¿Entonces es verdad?... Rey, ¿entonces es verdad que me rechazas? Grítamelo tú mismo. Es verdad que me rechazas? ¿Yo soy, pues, la repudiada?

EL REY

¿Cómo? ¿Qué preguntas? ¿De qué dudas?

EL VISIR

No la escuches, Señor! La dicha la hace divagar.

SCHAHRAZADA

¿Qué dicha, padre?... Será preciso que todos lo sepáis; incluso que tú lo sepas, mercader. Yo

amo a este hombre, yo estoy enamorada de este Rey Schahriar!

Las vírgenes retroceden con espanto. El mercader se lleva las dos manos al corazón. El crepúsculo está rojo como la pasión de Schahrazada. Schahriar deja sonar una carcajada feroz.

Y dice Schahrazada:

No te rías, Rey. Cuando relampaguea en el cielo los hombres no se ríen. ¿Por qué te ríes tú cuando relampaguea en mi alma?

EL REY

Ya no me río. Ya te digo que mi tedio recobró su negrura. Y no se hable más. No es verdad que me ames, ni hay para qué lo sea! Un instante pasó por tu ánimo una luz engañosa.

SCHAHRAZADA

Mírame en los ojos, Rey, por si es que miento! Yo estoy enamorada de tí, mas no es de ahora, sino de siempre, porque parece que fuera desde el principio de los tiempos. Callando, callando, te he amado desde que tuve estas pupilas para recoger tu imagen... Después, cuando te diste a matar y a llover sangre...

EL REY

Entonces sentiste horror, me tuviste miedo?

SCHAHRAZADA

No!... Entonces fué como un vértigo el deseo de tí, la tentación de probar tu boca envenenada que cuando besa, mata. Y ahora, vértigo también. Mírame en los ojos, Rey, por si es que miento; por si viste una noche de amor más inmensa que mis ojos.

EL VISIR

¡No oigas más, Señor, a la hija temeraria que busca la muerte!

SCHAHRAZADA

Mírame, Rey, en los ojos. Mírame el rostro que resplandece con el amor que te tengo!

Se desprende el velo, sin recato, entre el rumor hostil de las vírgenes.

EL VISIR

Schahrazada, te has desnudado el rostro en la presencia de estos hombres!

SCHAHRAZADA

Hombre no hay más que uno aquí, el hombre mío, el Rey Schahriar, ante quien me he de desnudar esta noche... Los demás, como sombras, no tienen ojos para mí.

EL MERCADER

¡Pensaras en uno que no los tiene porque las lágrimas se los nublan!

SCHAHRAZADA

¿Debía, pues, mentirte, mostrarte lo que no soy? Una playa no muda de condición porque el recién llegado la soñara de otro modo.

EL VISIR

¡Piedad, Señor! ¡Habla, Rey Schahriar! Te has puesto sombrío y nada dices. ¿Por qué frunces las cejas?... ¿Qué ocultas detrás de tu ceño? ¡Piedad, Señor!

SCHAHRAZADA

¡Piedad, Señor! Mas no esa que te piden! ¡Piedad de amor, de esa piedad que sustenta los mundos! ¡Piedad de amor! ¡Que yo no sea menos que las otras que murieron en tus brazos!

EL REY

Piedad de amor... ¡Yo sólo sé matar!

SCHAHRAZADA

Dame tu amor y la muerte, o solamente la muerte, si otro bien no sabes dar.

EL REY

¡Ni siquiera la muerte! ¡Lo he jurado!

SCHAHRAZADA

Piensa que el Profeta enseña que los juramentos violados se pueden expiar, ya alimentando diez pobres, ya libertando un esclavo... Sí, rey mío, yo te amo. Yo soy la única barca, y tú la única isla. Tengo hambre de tí! Sé de cuatro hombres que me amaron, tan míos, tan por igual sujetos a mi vida, como los cuatro cascos en la carrera del caballo. Pero mi pensamiento volaba siempre a tí... Ah!... ¿Por qué haces gesto de no comprender?... ¿Por qué haces como si yo no hablara, cómo si las palabras del alma no fueran más que ruido de hojas?... Mercader, ayúdame tú... ¿Puedo ser tuya, dí, puedo ser tuya, después de lo que he dicho?

EL MERCADER

Ya nunca más. Ya nunca más! Yo he sido solamente un portador que no sabía lo que portaba. Quizás soñé. Quizás mentí. Quizás no traje la caravana de mi riqueza ni la carta del Rey Schahzamán. Se ha desvanecido todo. Ahora, Rey, yo te pido para ella tu amor... para mí, lo que Alah me reserve!

Hace sobrehumano esfuerzo para no llorar. Apenas si entre las pestañas le tiembla una lágrima.

SCHAHRAZADA

Ya lo oíste. Ya te desató del juramento ese hombre bienhechor. Escucha... Mi vida fué como cosa inútil. Una tarde mi padre entró a mi alcoba, preguntando: ¿Qué se quema aquí?... Porque, cierto, olía el aire a quemado... Y yo le respondí lo que ahora te suspiro: Mi vida se quema aquí, toda mi vida que de nada sirve, que se me va en un hilito azul como el humo que sube de los pebeteros...

EL REY

Yo sólo sé matar. Soy un alfange levantado.

SCHAHRAZADA

¡Qué me importa de la muerte! Dicen que tú pones frío en la carne y que haces oscurecer el pensamiento. ¡No es verdad! Yo ardo a tu vista y alumbro como una lámpara. Y yo no conozco siquiera tu perfume! Pero has de ser un Rey incienso, un Rey benjuí, un Rey almizcle... Oye, para ser digna de tí, deshojaré rosas nuevas en mi seno, y jazmines y alelíes amarillos en mi cabellera. Beberé agua de albahacas de suave olor. Me bañaré todo el cuerpo en agua de nardos y de lirios... Ah, tú no sabes cómo he de ser para tí!...

Familiar, se le ha ido acercando. Lo embriaga, lo fascina, le hace vacilar. Y prosigue, como en secreto, puesta una mano sobre el hombro del Rey:

Ah, tú no sabes, tú no sabes cómo he de ser para tí!... Cuando me abraces mañana, en la mañana, verás que lluevo flores y rocío como el árbol del durazno cuando sopla el viento del amanecer...

EL REY, medio ebrio

Aparta, aparta... (*transición violenta*). ¡Aparta!... (*Pausa*). Me embriagabas... Me envenenabas!... Querías dominarme, enloquecerme... No! No!... Te rechazo. Serás del mercader, o de los perros en el arrabal!... Mujer, mujer!... Quiero decir traición y lazo!... Mujer, mujer!... Esto es, ponzoña y serpiente, yo te doy al primero que te lleve, yo te doy a los perros de los arrabales!...

El amor de Schahrazada, asi ultrajado, como la rosa rota no tiene más que espinas.
Mientras tanto el crepúsculo sangra.

SCHAHRAZADA

Ah, me tienes miedo, rey cobarde! Miedo a la noche pasada a mi lado, miedo al amanecer y a tu alma!... Me tienes miedo!

EL REY

Muerdes como las víboras, mujer!

SCHAHRAZADA

Me tienes miedo! Mis ojos te turban, te hacen bajar los párpados, deslumbrado. Con una mirada te hago vacilar, con un pestañeo te estremezco!... Cuando te llevaban corderillas a tu lecho, las matabas a puñal. Ahora una mujer de verdad se asoma por tus veredas, y tiemblas!

EL REY

Cuenta que te va la vida!

SCHAHRAZADA

Cuenta que te va el honor! Negros esclavos, esclavos inmundos te traicionaron, se burlaron de tí, te afrentaron!... He de gritártelo todo, he de morderte en tu llaga!... Una mujer, tu mujer, tu esposa y reina, te enredó la madeja de las burlas. juraste raer de la tierra esa hierba malsana y ahora tu hoz resbala sin segar sobre mi maleza. Mientes que eres un alfange levantado. No eres más, rey cobarde, que empuñadura de alfange!

EL REY

Probarás la muerte por mi mano!

SCHAHRAZADA

¡Eso quiero!

Schahriar da un paso, puñal en mano. Schahrazada lo mira, sojuzgadora, en tremendo silencio. El Visir y el Mercader tienen la diestra a mitad de camino de los puñales. Delicia del Tiempo da también un paso, segura de que llegó su hora. El Rey se reporta.

EL REY

No! Qué eres tú más que las otras! Serás mi esclava en mi lecho, mientras dure la noche y mi deseo de una noche. Después, cuando suba el alba, morirás como todas, al tajo del verdugo.

ZEINAB

Sea yo la que muera, Señor, te lo suplico! Favor para ella!

EL REY

Ya no! Ya no! Derramaré toda su sangre!... Porta-alfange, haz pregonar con pregoneros que Schahrazada destronó a Zeinab, que Schahrazada reinará esta noche.

El Visir, tambaleante, se apoya en el pecho del Mercader. En el cielo del poniente se pone rosa el lejano límite de la tarde.

SCHAHRAZADA

¡La bendición de Alah sobre tí y alrededor de tí!

Y cae el telón.

III

EL PAJARO DEL ALBA

En la sala nupcial del Rey Schahriar — la sala de los asientos esculpidos y de los muebles con incrustaciones áureas — corre la noche a su hora postrera.

Por el amplio vano de la terraza que da al foro, veríase el magnífico cielo nocturno que tanto amaron los árabes, a no ser que lo impide la luz de las lámparas de colores, colgadas del artesonado.

Sobre el fondo de raso rosa de los muros, así revestidos, se destacan los adornos murales: las joyas raras y las armas ilustres.

Por la angosta abertura del dosel, cubierto de purpúreo cortinado, se adivina el lecho, cuya colcha que es un "brocado de oro rojo constelado de pedrería", ha resbalado hasta la alfombra en el desorden del placer.

Dos ricas labradas puertas a la izquierda; dos ricas labradas puertas a la derecha, comunican con las sendas alas del palacio; y hacia este último lado, en la pared de la ochava, un cortinado escarlata oculta un pasaje secreto.

Faz a faz, recostados de codos sobre divanes, Schahrazada y el Rey Schahriar se contemplan silenciosos.

De la ancha terraza, adornada de macetones floridos, viene un olor a muchas flores de fuerte aroma, que parece como el alma embriagada del Oriente.

Más allá, en el aire del parque circundante, se alzan

las copas de los árboles, cuyos negros ramos mueve el viento de la noche con rumorosa dulzura.

Y éste es el diálogo:

EL REY

¿Sabes muchos cuentos, muchos cuentos, esposa?

SCHAHRAZADA

Muchos.

EL REY

¿Los hay mejores aún que el de esta noche?

SCHAHRAZADA

Muy mejores.

EL REY

¿Y el mejor de todos?

SCHAHRAZADA

Desde hoy, pues ya eres mío, el mejor de todos cuál será?...

EL REY

¿Cuál será?

SCHAHRAZADA

El cuento de mi vida.

EL REY

Schahrazada, cuando se fueron todos del jardín, ya casi oscurecido, yo me acerqué a tí.

SCHAHRAZADA

Cierto... ¿Recuerdas cómo estaba el jardín a esa hora, junto a las acacias, junto a las acacias dónde te acercaste a mí?

EL REY

Ya flotaba la noche entre los árboles y los altos sepulcros.

SCHAHRAZADA

Pero quedaba en el cielo una última claridad de un color malva que se desvanecía. De pronto, pasó un vuelo de palomas... ¿Recuerdas?... Un vuelo abierto en la serenidad del crepúsculo... Y entonces mismo, cuando tú viniste a mí, preguntándome si te amaba, todas se posaron en la copa del árbol. Fué como un abanico que se cerrara. Después nos fuimos paso a paso, mientras entraba la noche. Y tú dijiste como soñando: La noche es un arrullo de palomas.

EL REY

Yo te pregunté si me amabas, y tú me diste la respuesta en versos. Díme otra vez los versos, Shahrazada. Mi corazón quiere aprenderlos.

SCHAHRAZADA

¿Me amas?, preguntaste. A lo cual yo respondí:

Preguntas si te amo...
¿Que será?...
Malva está el día y ya la tarde
se nos va.

Tú das la muerte a quien te ama,
la muerte roja, por Alah!...
La que te ame,
de haberte amado morirá.

Que si te amo, si te amo...
El corazón qué te dirá?...
A la vida le digo yo: Quién sabe!...
A la muerte: Ojalá!

EL REY

Verdad, verdad. Así mismo resonaste, como un laúd!

SCHAHRAZADA

Entonces, verso por verso, y con mucha añadidura, tú me pagaste mi estrofa. Pero en tu poesía, ni un pensamiento para mí... todos para la otra... para la reina muerta a quien todavía amas... ¿Es verdad que la amas aún?...

EL REY

Hasta la muerte!

SCHAHRAZADA

Dí tus versos, de nuevo. También yo quiero aprender tus palabras.

Schahriar, de pie, con la mano en la barba, hace memoria. Ensimismado, cejijunto, pasional, dice así:

EL REY

Todo ha mudado. El lago de las perdidas horas
se ha llenado en las tardes de una nueva emoción.
Se oye un sonar de remos, suena un vibrar de risas,
queda un brillar de estela de cada barca en pos.

Tú ves, aquí plantaron una arboleda nueva.
Tú ves, hasta la acequia aprendió otra canción.
Tú ves, ya las glorietas de rosas florecidas
acogerán mañana todo armonioso amor.

La primavera vuelve. La primavera, amigos,
desde que amores sufro, muchas veces volvió.
Las hojas, todas nuevas! El cielo, todo puro!
Las tardes, todas de oro! Y eterna la ilusión!

Hay nuevos, dulces niños para dulzuras nuevas.
De noche, nuevas lunas que como un sueño son.
Y nueva serenata para el balcón fragante,
y nueva mariposa para la nueva flor.

Yo solamente vengo con mi pasión antigua,
con mi querer de siempre, con mi fatal dolor,
a escribir en la arena del parque atardecido
el nombre siempre amado de la que no me amó.

Va a sentarse sobre un cojín, no lejos del cortinado que oculta la entrada secreta.

¡Ya ves cómo amo todavía a la traidora que envileció mi vida, que ennegreció para siempre mi alma, que enrojeció con sangre el ropón de mi furor! Necio de mí, que en estrofas la lloro! Hasta los muertos debieran aprender esos versos de mi vergüenza, y alatiguearme con ellos la cara como con látigos de cerda!... Proclámalo tú así en el país de la Muerte, que has de visitar muy luego...

SCHAHARAZADA, **yendo hacia él**

No te pongas lúgubre. ¿Es un deber ponerse lúgubre?... No... Oye. A ver, a ver, qué más pasó en el jardín cuando íbamos mano a mano bajo los árboles? ¿Te acuerdas?... ¿Qué sucedió conmigo cuando las azafatas me llevaron a los baños del harén?... Tú no lo sabes porque no me seguiste. ¿Quieres que yo te cuente cómo fué?... Escucha... Entramos a palacio por entre filas de eunucos, hasta el salón de los muros de alabastro, y doblando llegamos a la gran piscina de coral guarnecida de esmeraldas. Las esclavas tomáronme y desnudáronme. El agua estaba clara, fresca, risueña y olor a rosas. Salí de la onda como una dulce luna.

Al punto, me frotaron con almizcle la cabellera, me tiñeron las uñas, me suavizaron el cuerpo con ungüentos aromáticos... Luego pusieron a arder en torno mío ámbar y esencias raras... Y subía un humo delicioso que me acariciaba, impalpable y sutil. Tan a gusto me embriagaba, que hasta me olvidé de tí, que eres el amor de mi vida... Mira dónde tendré esta cabeza loca que tú harás cortar, cuando amanezca!... Después... Pero tú no me escuchas... ¿Por qué, por qué no te importa nada de mí?

EL REY

No, si en tí pienso. Pensaba que cuando vinieron las azaratas para llevarte a los baños, ya era noche negra, y que yo me quedé soñándote, turbado con la música de tus cascabeles, enloquecido con el compás de tus pasos. Porque nadie en el mundo, Schahrazada, camina mejor que tú. Te deslizas y ondulas. Tu andar es más suave que el de una fragancia que se dilata.

SCHAHRAZADA

Rey, tú eres bueno y piadoso! Tú pensabas en mí!

EL REY

No... No... Yo no soy bueno ni piadoso. Yo soy el justiciero inflexible, y tu cabeza rodará ma-

ñana por el pavimento del alcázar como rodaron las cabezas de las otras. Yo estuve loco y ebrio en el atardecer. Ya no... Ya no.

SCHAHRAZADA

Sea, Rey. Mas no me hables así con amenaza como si yo le temiese a la muerte. No, por Alah! ¿Viste que me inmutara en tu presencia? Gira la noche por el cielo y al cabo de su ronda, el destino implacable me llevará al sepulcro. ¿Notas que palidezca? ¿Notas que vacile?

EL REY

Pareces una rosa inmóvil en su tallo. ¡No tienes miedo!

SCHAHRAZADA

¿Entonces por qué levantas esas voces trágicas? Hay el que aguarda el día, presa de revuelto insomnio, esperando la salud con el alba. Hay los que duermen a estas horas, soñando y descansando. Yo sola, yo sola entre toda la gente de tu ciudad, espero la muerte con el día. Y sin embargo, estoy serena y sonrío... ¡Que no me humille más tu amenaza, rey mío! Déjame reinar en paz hasta que se borren las estrellas...

EL REY

Pero tu voz ha sollozado.

SCHAHRAZADA

Sí, tal vez; mas no por miedo a la muerte, sino de ver que no me amas, que no eres capaz de regocijarte a mi lado ni por el espacio de una noche.

EL REY

¡Ay de mí, Schahrazada! Todos los pájaros del tedio revuelan a mi rededor, a cual más negro, a cual más funesto.

SCHAHRAZADA

¿Por qué, por qué?

EL REY

No sé, no sé. Me roen el corazón; me roen, me roen el corazón!

SCHAHRAZADA

¿Y estos brazos míos no te darán refugio? ¿Y este seno mío, no te dará descanso?

EL REY

¡Me acuerdo de otros brazos, de otro seno, del amor que perdí!

SCHAHRAZADA

¿Tan bella era?

EL REY

Extremadamente. Así, como tú ahora, estaba ella en la alcoba de las bodas. Oh, que la estoy mirando, y que estoy viendo otra vez las perlas de su garganta, y los diamantes de su cabellera, y los rubíes de sus sortijas... Y sus ojos que tenían un brillo de esmeraldas. Y cuando avanzas, paréceme oir el rumor de sus chinelas. ¡Ah! ¿Por qué has venido esta noche? ¿Por qué esta noche es la más cruel de mi vida?...

SCHAHRAZADA

¡Rey, no te escuches tus palabras!...

EL REY

¡Tú no sabes cómo fueron mis fiestas, las fiestas que yo daba a esta ciudad, sobre la cual hoy llueve sangre! ¡Qué de músicas y de cantos y de perfumes en el aire! ¡El pueblo entero pasaba —pasaría aún!—bajo el balcón bendiciéndome... Y de pronto me quedé sin mi amor, y fué el fracaso y el derrumbe de mi destino. Mis aposentos, en tinieblas; mis lámparas, sin aceite. Y palpaba sombra gruesa con mis manos y viento helado como un muerto. Y el frío de mí mismo me hizo temblar entonces en una soledad sin nombre! Después...

SCHAHRAZADA

¡Silencio!... ¿Has oído?... ¿Oyes?...

Pausa.

EL REY

No oigo más que el ruido de los árboles, allá fuera...

SCHAHRAZADA

Sí, ahora no se oye más que el ruido de los árboles; mas no fué eso... Parecía que quisieran abrir una puerta... Parecía que alguien...

Va, mira, vuelve; nadie...

Nadie en la noche... ¿Pero, oyes?... ¿Oíste?... Como un rumor de pasos...

EL REY

Sí, como un rumor de pasos...

SCHAHRAZADA

¡Sss!... De pasos arrastrados... que apenas... apenas... rozaran gradas... bajando... bajando siempre... ¿Hay alguna escalera aquí cerca, que traiga a esta alcoba?...

EL REY

Tal vez ninguna.

SCHAHRAZADA

¿Tú no conoces tu palacio, que dices *tal vez?*

EL REY

Nadie conoce su palacio; el morador vive ignorando su morada. Ventanas y puertas no se sabe lo que son; todo muro es un enigma, y todo morador un sonámbulo...

SCHAHRAZADA

¡Sss!... Ahora... ahora sentí como un gemido, como un ahogado sollozo... Y como un ruido seco de cuerpo que cae...

EL REY

¿Has sentido eso?

SCHAHRAZADA

Sí... Sí... Ya no... Ya nada... Ahora flota un silencio que da frío. ¿Dí qué es esto?... ¿Qué es todo esto?

EL REY

No sé... A esta hora la llaman la hora mala. Tú sabes... Solamente el alba es buena!

SCHAHRAZADA

¡Oh!... Te has puesto pálido, te has puesto horriblemente pálido!... ¿Tienes miedo de que te maten?... ¿Puede alguien llegar hasta aquí para matarte?... ¿Hay algún pasaje oculto por aquí?...

EL REY

Sábete que la noche cierra u horada puertas en los palacios y que nada se advierte, si no es al otro día. ¡Fuera eso, tan sólo! Pero una puerta o un corredor no son terribles en sí mismos, sino por lo que pasa, entra o sale por ellos. Y la noche puede hacer pasar por ellos los mayores males. ¡Eso hace la noche sola! Mas la noche acompañada de la muerte, es la dueña del mundo... Sábete más. Detrás de esa colgadura—ves?—hay un misterio... Detrás de ese misterio acaso haya un peligro... Detrás de ese peligro acaso haya la espantosa justicia de Alah!...

SCHAHRAZADA

¡Sigue!... Dime todo tu secreto... Porque lo vengo adivinando: ¡tú escondes un secreto pavoroso!...

EL REY

Oyelo todo, entonces; lo que nadie supo hasta hoy... lo que hizo morir de muerte atroz a los

que lo supieron... Albañiles hubo que trabajaron una obra perversa. Tenían la lengua cortada a cuchillo para que no hablaran. Después perdieron la vida para que no hicieran señales. La obra está acabada. Detrás de esa cortina... mira... hay esta puerta que ves...

Ha descorrido la colgadura carmesí. Ha mostrado una puerta de oro a doble hoja, con incrustaciones de marfil. Se ve en la cerradura una llave de plata. Sigue diciendo:

Es la puerta de un palacio subterráneo... Tú ves... Puerta de oro, de oro incrustado de marfil... Puerta suntuosa del palacio de una reina... del palacio de la reina... Tres años van que la traidora está recluída en su alcázar encantado.

SCHAHRAZADA

Se dijo que la mataste... Se aseguró que la mataste...

EL REY

¡No!... ¡Demasiado blando hubiera sido para ella el alfange! No!... ¡Para ella, la vida en la galería de allá abajo y por único alimento la sangre de las víctimas!

SCHAHRAZADA

¡Tu venganza es horrible, señor del tiempo!

EL REY

Estaba en soledad el palacio, cuando amaneció aquel día... A la luz del alba, busqué a la reina en su primera prisión... La arrastré por los corredores desiertos. La arrastré por esta sala misma hasta aquí donde estamos... La arrastraba de los pesados cabellos... La arrastraba con las uñas clavadas en sus hombros... Yo parecía un hombre ebrio...

SCHAHRAZADA

Y eras solamente un hombre cruel, un rey infame...

EL REY

Quizás... Abrí esta puerta, como ahora la abro...

Abre ambas hojas. Una escalera de mármoles negros desciende interminablemente. Escala abajo, brilla mortecina la luz de una lámpara verde que cuelga de la techumbre. Prosigue:

Y bajamos... Los gritos de su dolor se ahuecaron entre esas bóvedas de abajo... La dejé allí desmayada en un rincón tenebroso... Desde entonces, en las mañanas, yo mismo desciendo a su cámara con la copa de sangre que ella bebe, sedienta y hambrienta... Copa, dije, y no es copa la suya. Es el cráneo del negro Massaúd...

SCHAHRAZADA

¡Me atraviesas el pecho de horror!

EL REY

Cráneo ancho... En sus órbitas, dos rubíes enormes como los ojos del mal... Un día se resistió a beber... Entonces le crucé la cara a latigazos... Por ahí abajo está el látigo... Fué trenzado con la cerda de los esclavos negros... Su cabo es un fémur. El fémur es del negro Massaúd.

SCHAHRAZADA

Una piedad inmensa... por tí... por ella... me llena el alma... Déjame bajar... déjame bajar... Yo tengo un destino que cumplir en esa sepultura...

EL REY

Solamente yo he bajado hasta allí...

SCHAHRAZADA

¡Paso!... Déjame bajar... Tan bajo como tú, tan hondo como tú, quiere Alah que yo descienda también.

Desciende. Pesa un largo silencio. Luego, desde muy abajo, el grito ahogado de Schahrazada: Oh!... No se oye más que este grito suyo, que da horror. Solemne, hierática, sube al fin las gradas negras de la escala maldita.

EL REY

¿Qué?

SCHAHRAZADA

¡Muerta!

EL REY

¿Muerta?

SCHAHRAZADA

La hallé muerta. Es como una sombra azul. El alma se le ha ido sonriendo... perdonando... pidiendo perdón... Se acabó tu venganza.

EL REY, tomándole las manos

¿Me dices la verdad?... ¡Ah!... He tocado en tus manos el frío de la muerte.

SCHAHRAZADA

Ahora cerremos este sepulcro en el nombre de Alah.

Ha cerrado la puerta aúrea. Ha corrido la colgadura roja. Cómo? Solloza el Rey?

Rey, lloras?

EL REY

No... Quería decir solamente, y se me anudaba la garganta... que ahora mi soledad va a vol-

verse como un inmenso hueco... Ese espectro, Schahrazada, era mi única compañía...

SCHAHRAZADA

¡La has amado!

EL REY

Por ella, cuando todo lo tuve, subí tan alto que los astros del Señor me parecían ya las pedrerías de mi alfombra. También por ella, cuando todo me faltó, bajé tan bajo, que allí no había más que mi sollozo y el eco de mi sollozo! ¡Ah, el cielo es implacable, implacables las estrellas, implacable la tierra, implacable el amor!

Se van apagando las lámparas, mientras el cielo se pone levemente claro, detrás de la ventana.

SCHAHRAZADA

Pero nunca se pierde todo del todo, y siempre es hora de poner en paz el corazón.

EL REY

¡Ya nunca, ya nunca!

SCHAHRAZADA

¿Y si una noche entre las noches alguna nueva esposa te trajera la palabra de la serenidad?

EL REY

No...

SCHAHRAZADA

Piénsalo ya, y piénsalo bien, rey mío, por si fuera esta misma noche que ya se va. No sea cosa que venga el alba y con el alba el verdugo, para matarte a espada la última esperanza.

EL REY

El miedo de morir está hablando por tu boca. Si supieras que mis guardias duermen, huirías por los corredores, te saldrías a jadear por los campos. ¡Porque tienes miedo!

SCHAHRAZADA

¡Pero miedo por tí, miedo de dejarte solo!

EL REY

Que Alah preserve tu alma del deseo de vivir o del amor compasivo, porque tú morirás. No esperes nada. Con tu sangre haré un filtro que resucite a la reina. Tu hora se acerca... Por la ventana abierta, ya entra un aire frío... Es el frío de la madrugada...

Ambos se asoman a la terraza. Schahrazada se envuelve los hombors en un manto de seda oscura sembrado de lentejuelas de oro. Se han apagado las lámparas.

Mira... Las estrellas comienzan a palidecer, y el lucero se levanta con un resplandor de diamante. Cuando el lucero brille solo, vendrá por tí el ejecutor de las sentencias.

SCHAHRAZADA

Y antes también si prefieres. Entre tanto, escúchame, pues tengo de darte encargos para la vida. Sea testigo el lucero de que los cumplirás.

EL REY

Serán cumplidos.

SCHAHRAZADA

Vela por mi padre, el Visir.

EL REY

Velaré por él.

SCHAHRAZADA

Que sea plácida su vejez como un invierno tranquilo en que casi todos los días brilla el sol.

EL REY

Así será.

SCHAHRAZADA

Vela por la hermanita mía. Y pues hay un mercader que sufrió por culpa del amor que te tuve, endúlzale mi recuerdo con una noble amistad.

EL REY

Sí, Schahrazada.

SCHAHRAZADA

Y una súplica te hago. Que libertes a Zeinab, porque ayer la repudiaste, y ya no es tuya.

EL REY

Sí, Schahrazada.

SCHAHRAZADA

Y una prevención te dejo. Que te vuelvas todo ojos porque la muerte te ha empezado a rondar.

EL REY

Nací adentro de la ronda...

SCHAHRAZADA

Y una herencia te señalo. Tú sabes que los años se me fueron en leer y meditar. Caravanas cargadas de preciosos manuscritos se detenían a mi puerta. No hay palabra de sabiduría que en ellos no se pueda encontrar. Cuando hayan pasado los días de mis funerales, entra a la cúpula grande de mi palacio, donde yo estudiaba, y haz conducir a tu alcázar mis riquezas. ¡Encontrarás amigos!

EL REY

Gracias, Schahrazada.

SCHAHRAZADA

Sólo perderás mis cuentos. Esos no están en mis manuscritos. Me los dictaba mi alma vehemente. ¡Pero qué importa! ¡No es una pérdida grande, y te consolarás!

EL REY, con transporte.

¡Schahrazada, cómo perfumas y alumbras! ¡Cómo eres bella, Schahrazada! ¡Cómo eres animosa y no tiemblas!

SCHAHRAZADA

Calla... Mientras hablaba, se acabó de borrar en el cielo la fulgurante figura del Escorpión. Sólo brilla hacia el sud... apenas... apenas... su rojo corazón, que llaman la estrella Antares... Mira... Altaír se va apagando como una perla... Pero, en cambio, el lucero cómo reluce!... ¿Sientes?... Se oye clarísima la voz de la acequia entre los árboles negros... ¿Hueles?... Se levanta un perfume nuevo, manso, de los jardines cercanos... Y gorjean los pájaros... Y el cielo se va poniendo rosa... Y entre velos de rosa, se desmaya la estrella Deneb... El día que llega!... ¡La muerte

que viene!... (*Transición*). ¡Ah!... (*Reportándose*). Nada... Nada... Ya brilla solo el lucero...

EL REY

Y parece una lágrima...

SCHAHRAZADA

¡Alah, que llora por tí, mi rey, Alah que llora por tí!... (*Pausa*). ¿Qué es eso?... ¿Quién anda a estas horas?... ¿Es el verdugo?...

EL REY

Sí...

Se oyen sus pasos en la galería. Allí está ya, desnudo el alfange, bajo el dintel. Hay un silencio supremo. Schahrazada y el Rey ocupan el centro de la escena. El verdugo avanza un paso.

SCHAHRAZADA

¡Adiós, rey Schahriar, esposo, amado mío, amado mío, adiós!

El Rey, la cabeza baja, le vuelve le espalda. Se adivina que por su frente pasa la tempestad.

¡Hasta la eternidad, rey Schahriar! Sé feliz... Halla la paz de tu alma!... ¿Me das a besar tus manos?...

EL REY

¡Sí!...

No puede contenerse. Toda su alma vuela hacia ella. Y se abrazan, patéticos, trémulos, cada frente en el izquierdo hombro amigo. Y dice:

Atrás, verdugo... Esposa mía, amor de la vida, te quedarás para siempre a mi lado!

Sale el ejecutor. El Rey de pronto, desasiéndose de los brazos de Schahrazada, queda perplejo ante las cosas.

Esta es la primera vez que el ejecutor vuelve solo desde aquel tiempo fatal... Tu voz me venció... Schahrazada!...

Transición trágica. Va hacia la galería. La amenaza es tremenda, la mirada feroz.

SCHAHRAZADA

Vas a llamar al verdugo... No... Tú, no... Yo misma iré.

EL REY, vencido.

¿Pensaste?...

SCHAHRAZADA

No sé...

EL REY, *transfigurado.*

Yo iba a oir cantar ese pájaro del alba... ¿No oyes el canto de un pájaro?

SCHAHRAZADA

Nada oigo.

EL REY

¿O será que canta en mi corazón?... ¿Será que amanece en mi corazón?

SCHAHRAZADA

Sí... Cierto... Se oye el canto de un pájaro, y canta verdaderamente en tu corazón.

TELÓN

LOS ÁRABES

Ce n'est pas du reste sans quelque hésitation que l'auteur de ce drame s'est déterminé à le charger de notes... Ces choses sont d'ordinaire fort indifférentes aux lecteurs...

Puis, tandis que les critiques s'acharnent sur la préface et les érudits sur les notes, il peut arriver que l'ouvrage lui — même leur échappe et passe intact à travers leurs feux croisés...

Ensuite et l'auteur ne sait comment cela se fait, ses préfaces, franches et naïves, ont toujours servi près des critiques plutôt à le compromettre qu'à le protéger. Loin de lui être de bons et fidèles boucliers, elles lui ont joué le mauvais tour de ces costumes étranges qui, signalant dans la bataille le soldat qui les porte, lui attirent tous les coups et ne sont à l'épreuve d'aucun.

Che sara, sará. Il n'a jamais pris grand souci de la fortune, de ses ouvrages, et il s'effraye peu du *qu'en dira-t-on* litteraire...

Et puis les luttes personelles ne lui conviennent pas. C'est toujours un spectacle miserable que de voir ferrailler les amours-propres.

VÍCTOR HUGO. (*Prefacio de Cromwell*).

I

Si no me cuentan el Cantar de los Cantares, ningún libro me ha sido más delicioso, que Las Mil y Una Noches. Recordaré siempre aquel día de la infancia en que mi padre — un padre de bendición — puso en mis manos la colección de los cuentos. Era el conocido volumen de Galland, escrito para niños; y aunque allí no había nada de la obra oriental, a no ser las líneas generales de las historias, tenía que cautivarme, y así fué.

Cuatro lustros más tarde la admirable traducción de Mardrus — El Libro de las Mil Noches y Una Noche—me renueva aquella emoción del tiempo pueril. Otra vez entre la selva encantada, la imaginación gozosa se va de viaje, de prodigio en prodigio, y no quiere volver.

He leído con alma atenta los veintitrés tomos de la obra, vertida al español por Vicente Blasco Ibáñez. La he leído acotando y meditando. A menudo me ha asombrado. Y siempre me ha sido descanso y medicina, remedio y hechizo, pues de tal manera invita el libro a la alegría, que hurtarle el corazón es como no mojarse cuando se es niño y ríe el claro chaparrón de verano entre las rosas de nuestro patio.

Me jacto de agradecido, a pesar de la vida contradic-

toria. Quizás no miré nunca con ojo indiferente una flor del aire, un vuelo de gaviotas, el paso de una nube, el orto de una estrella; sino que a cada bien de la naturaleza correspondió la íntima actitud de mi arrobo. Hombre o dios, alma o paisaje, estatua o verso, cada bondadosa presencia que fuí hallando a lo largo de mi vereda, mi reconocimiento se llevó.

Por qué digo tales intimísimas cosas? Yo me lo sé...

Que este libro que publico, en prenda de gratitud por la felicidad que los cuentos de las Mil y Una Noches me trajeron, dé testimonio por mí.

II

Embriagantes e ingenuos tienen no obstante los relatos de las Noches origen trágico, ya que es tragedia, y pavorosa, la historia del Rey Schahriar. No me admiro. Advierto solamente la aplicación de una ley fundamental de la vida: la ley de la tragedia, por cuya virtud se mueve el mundo, y circula, por paradójico que parezca, el viento de la alegría.

La tragedia crea. Melpómene da grandes voces evocadoras. Eskilo viene primero, y después Aristófanes y Anacreonte. Seguramente en el principio fueron las tinieblas, y después la luz. Así también la risa de nuestra dicha más dulce nos brota de la garganta oscura por donde pasa nuestro sutil suspiro, exhalado no se sabe cómo, de la total negrura de nuestro íntimo sér.

La tragedia es una fuerza divina, un caso de titanismo. No se le asemeja en absoluto a la tristeza, que es la inacción y la pereza del alma. Los hombres trágicos son como los antípodas de los hombres tristes. Mientras éstos nos muestran la espalda que se encorva bajo la carga, aquéllos nos enseñan el torso del luchador que se levanta para pelear. Si la tristeza comienza y acaba en negación, la tragedia comienza y acaba en afirmación. Cuan-

do la tristeza dice: imposible, la tragedia exclama: necesario. La tristeza, si algo espera, esperará sentada sobre un sepulcro del camino. La tragedia si no halla sendero se lo hace, y avanza para conquistar.

Tanto como de la tristeza, la tragedia se distancia del crimen. Este tiene por esencia la injusticia y la traición. Esta otra, la justicia y la ineluctable fatalidad. Edipo, deliberadamente parricida e incestuoso, sería en seco, criminal. Parricida e incestuoso, por designio del hado es una sombra trágica, vale decir inocente y dolorosa.

Más aún, y concluyo la digresión: En todo trágico hay un inmenso anhelo, un invencible deseo de alegría, de alegría nueva, nunca gozada por nadie. Por obtenerla intacta, pone el precio que se cobre; que solo por la tragedia se pasa del anodino placer a la felicidad consciente.

Hay, pues, una lógica superior en las Mil y Una Noches, ya que siendo como son el más fragante florilegio del ingenio humano, cada una de sus flores ha brotado entre el légamo sangriento de la tragedia de Schahriar.

III

El patético episodio es muy sencillo. Schahriar, rey de una comarca cualquiera, mejor dicho de Sassán, por las islas de la India y la China, según la incierta geografía de las Mil y Una Noches, tiene un amor en su vida, el amor de su esposa. Así parece ser, al menos...

Un día bruscamente conoce su siniestro engaño. Cuando él se ausenta, la reina le traiciona con un ruin galán, el esclavo Massaúd, un negro semejante a los búfalos. Valido de un ardid, Schahriar lo vé todo. En el jardin del palacio suceden cosas horrendas: la reina y su cortejo de azafatas, Massaúd y los negros de la servidumbre, profanan el recinto de los mejores sueños del Emir, con orgías monstruosas.

Entonces relampaguea el alfange del Rey, cercenando cabezas. Ebrio con la sangre de su venganza, ese Schahriar que era bueno, templado y justo, desconfía ya. No habrá esposa en la tierra que le sea fiel, y allá en el Paraíso ¡lo que serán las huries!... Al día de la boda le sigue el día del adulterio. Con razón dijo el poeta: "No te fíes de la mujer, que está llena de perfidia... La perfidia forma como la trama de sus vestidos.."

El rey así aleccionado decide anticiparse a la traición. Que cada amor dure una noche... Que tan luego como suba el alba, el ejecutor de las sentencias mate lo que él amó.

Y pasan tres años, en que el reino se despuebla porque los padres huyen con sus últimas hijas. En tal oportunidad, Schahrazada resuelve ser la esposa del monarca feroz. Domará a la fiera con su palabra encantadora.

IV

Ya se sabe que nadie ha cuestionado acerca de la historicidad de este episodio. Un tácito consentimiento lo ha confinado a la brumosa región de las fábulas.

Conviene sin embargo preguntarse si no carecerá de verosimilitud el espantable relato.

Por de pronto, solemos atribuir sin esfuerzo a los reyes del Oriente árabe, violenta condición; y a la mujer de su serrallo, abyecta esclavitud; bien que a menudo los reyes se nos aparezcan como magnánimos Mecenas, favorecedores de las letras y las artes, y la mujer elevada por el amor a la dignidad de esposa y señora.

Es lo cierto, no obstante, que ésta era la excepción. Un escoliasta del Corán enseña que los árabes idólatras, anteriores al Profeta, consideraban una calamidad el nacimiento de una hija. Qué mucho les sería entonces perderlas si engendrarlas les horrorizaba?

El propio Mahoma menciona esta triste preocupación de los varones del desierto: "Si se anuncia a uno de ellos el nacimiento de una hija, su rostro se nubla y se pone como sofocado por el dolor. Se oculta de los suyos, a causa de la desastrosa nueva. ¿Debe guardarla y sufrir la vergüenza, o sepultarla en el polvo?..." (Sura XVI,

vers. 60 y 61). Y sepultarla en el polvo quería decir literalmente enterrarla viva...

La Ley habla claro: Los hombres son superiores a las mujeres. (IV. 38). El hombre es el amo. La mujer ha de ser blanda y sumisa. A las desobedientes — enseña — las relegaréis en lechos aparte, y las azotaréis... La mujer es falsa. La famosa y un poco grotesca aventura del José bíblico por tierra egipcia lo comprobaría. Si vuestras mujeres — adoctrina el Libro — cometen la acción infame, llamad cuatro testigos. Si sus testimonios concurren contra ellas, encerradlas en casa hasta que la muerte las lleve.

Y nótese que el precepto comporta un progreso. Antes de la Egira y aún en los comienzos del islamismo, la adúltera era emparedada después de ruda flagelación. El marido burlado podía escoger el tormento.

Con todo, en el Corán se hallan también buenos consejos de ternura y reglas equitativas para el caso del repudio. Para algo fué Mahoma la flor de frescura de aquellos desiertos llameantes!

Pero ni por asomos encontramos en la Ley musulmana aquel generoso rendimiento que hace exclamar a Manú: "Dad alegría a la mujer. Cuando la mujer está gozosa prospera la familia". Ni nada de aquel lenguaje de Rama: "El campo vale más que la simiente, la niña más que el niño, la mujer, más que el hombre; la madre, diez mil padres".

De dónde semejante disparidad de criterios? Saint-Ives d'Alveydre lo achaca a cierto lúgubre atavismo que venía de los oscuros tiempos de las druidesas, cuya tiranía constituyó un fiero azote para los hombres. Estas druidesas habrían sido una maldita especie, mezcla de hechiceras negras y de abominables guerreras. Los árabes habríanse encargado de vengar duramente el pasado escarnio.

Sea lo que fuere, "Las Mil y Una Noches" representan el triunfo de la mujer, la exaltación de la esposa. Entre Pallas y hurí, sabia y dulce a la vez, Schahrazada sobrepasa a Schahriar.

Como en el texto hindú, se vé también aquí que el campo vale más que la simiente.

V

Domará a la fiera con su palabra encantadora...

Cierto; porque cómo se doma y cómo nos domamos a nosotros mismos sino con la palabra?

Hay un cuento en *Las Mil y Una Noches,* el que se titula "Palabras bajo las noventa y nueve cabezas cortadas", que nos instruye a perfección sobre la opinión de los árabes acerca del verbo misterioso.

Una princesa implacable, que mata a todo adorador que no sabe adivinar su pensamiento, y que así ha matado a noventa y nueve amantes, que no acertaron con la respuesta de sus interrogaciones, pregunta de esta suerte a un príncipe valeroso que, prendado de la hermosa, es el centésimo en afrontar el riesgo: ¿Qué dá sus virtudes a los talismanes?

Y el príncipe responde con claridad:

"Oh princesa, los talismanes deben sus virtudes sublimes y sus efectos maravillosos a las letras que los componen *porque las letras se relacionan con los espíritus,* y no hay en la lengua letra que no esté gobernada por un espíritu."

"Y si me preguntaras qué es un espíritu, te diría que

es un rayo o una emanación de las virtudes de la omnipotencia y de los atributos del Altísimo".

"Y los espíritus que residen en el mundo inteligible mandan en los que habitan el mundo celeste, y los espíritus que habitan el mundo celeste mandan en los del mundo sublunar".

"Y las letras forman las palabras, y las palabras componen las oraciones; y sólo los espíritus representados por las letras y reunidos en las oraciones escritas sobre los talismanes son los que hacen esos prodigios que asombran a los hombres vulgares, pero no turban a los sabios, que no ignoran el poder de las palabras, y *saben que las palabras gobiernan al mundo,* y que las frases escritas o proferidas pueden derribar a los reyes y arruinar sus imperios."

Admirables preceptos de magia corriente que todos los días podríamos constatar en su veracidad esplendorosa, si atináramos a oírnos y a oír.

VI

Noche a noche la esposa cuenta historias que el rey escucha absorto. No lejos, acurrucada en una alfombra, Dinarzada, pequeñuela y risueña, se embriaga con deleite. Hermana, exclama siempre, cuán deliciosas y cuán sabrosas y cuán frescas son tus palabras! Al primer albor del día, la narradora se calla. Se cierran las ventanas, se corren las colgaduras, y un tardío sueño gana al fin el alma de Schahriar.

Han pasado ciento cuarenta y cinco noches. Por la primera vez mira el Rey con ternura a su esposa y le dice: — Oh, Schahrazada la muy discreta! Cuánta razón tiene tu hermana, esa pequeña que te escucha, porque tus palabras son deliciosas por su interés y sabrosas por su frescura!

Y esto no es todo. El alma del déspota se afina de arrepentimiento. Lleno de compasión suspira: Empiezo a lamentar la matanza de tantas jóvenes. Y acaso hagas que olvide el juramento que hice de matarte como a las otras.

Schahriar se va embelleciendo de ternura. Tras de haber oído el cuento de un pastor ermitaño que prefería las plegarias al amor confiesa con arrebato: ¡Quién

huyera para siempre a una gruta! ¡Quién dejara las preocupaciones del reino! ¡Quién apacentara ovejas!

Mas el dolor del esposo traicionado no se borra fácilmente. Doscientas noventa noches han transcurrido, endulzada cada una con la voz de la narradora. Y con todo su grave mal vuelve siempre y el recuerdo de la adúltera le hace sombra aún. Schaharazada — pide — esta noche me contarás una larga historia de viajes. Es más horrible que nunca mi insomnio!

La noche tricentésima septuagésima tercera es memorable. El rey está tedioso y trágico. Ah! — dice — quizás mañana, Schahrazada, tu cuerpo rodará de un lado y tu cabeza de otro. Mas Dinarzada, que empieza a tener un valor efectivo en el drama de cada noche, al oír la amenaza tremenda se encoge horrorizada en su rincón. Schahriar sin duda lo nota y el corazón le flaquea. Pero Schahrazada no le teme. Bien, le responde, mi cuento será breve. Concluirá cuando llegue la mañana. — No, alega el rey, no hallarás un cuento que sea al par delicioso y corto.—Sí hallaré, replica la heroína. ¡Y después quiero que me hagas cortar la cabeza!...

Así lo va venciendo la muy discreta, la muy sabia.

La noche septingentésima septuagésima cuarta — oh espanto ordinal!—se diría una noche de oro. La esposa con aire confidencial le anuncia al rey: —Voy a contarte un cuento que te adoctrine del valor de la esperanza, para que seas paciente con tu servidora, hasta que venga el día en que conozcas la suerte dichosa que Alah depara a tu raza por mi mediación... Y Schahriar se oscurece de íntima pena. ¡Qué raza se le promete, qué esplendor para su raza, si morirá sin dejar posteridad!... Y Schahrazada que algo calla, se limita a sonreír.

Antes de un cuarto de luna sucede algo particular, lo que tenía de acaecer. Concluída una historia melancólica, la pequeña Dinarzada se incorpora sigilosa, pone sus la-

bios al oído de la hermana, y le murmura: Oye, veo como una lágrima en el ojo izquierdo del Rey y como otra lágrima en su ojo derecho!... Estaba lloviendo en el páramo.

Otra vez el Rey exclama: ¡Qué cortas son ahora las noches! Y dime, amiga, ¿podría yo pasar en adelante ni una noche sin tus palabras en mis oídos, sin tu vista en mis ojos?...

Schahrazada sonríe. Bien quisiera abrazarle y besarle, 'agotera y mimosa; pero conoce a los hombres y se domina a su pesar.

Bismillah! La noche miliunésima es noche de bendición: — Salgo con un alma perfumada, confiesa Schahriar, embellecido del gozo de vivir! ¡Oh, dicha!... El rey, sin saberlo, tenía tres hijos. Schahrazada se lo revela al fin trémula de éxtasis.

Se acabaron los cuentos. ¿Morirá la esposa?
Dinarzada lo pregunta temblando: — Y ahora, oh rey del tiempo, cortarás la cabeza a mi hermana?... Schahriar no puede responder con palabras; Schahriar solloza. Los tres sollozan cogidos de la mano. Alborea la mañana. De la terraza próxima sube un olor a jazmín, a albahaca, a hojas mojadas. El rey llora. La luz del alba le da en los ojos. Se juraría que está llorando lágrimas de oro.

VII

Schahrazada representa el amor heroico y el sumo desinterés.

No tiene la literatura occidental una mujer que se le parezca. Ella es la sonrisa creando, la paciencia tejedora. Como sabe que no hay palabra que se pierda, ella habla y nombra a su tirano con los más suaves vocativos. Rey dotado de buenas maneras, le dice, y miente. Rey amable, y miente. Rey magnánimo, y miente. El rey es torvo y hosco y agrio.

Mas no hay palabra perdida. No hay voz que no llame a la existencia a la cosa que nombra. A las palabras no se las lleva el viento, y si se las lleva va como sembrando gérmenes con ellas. Buenas maneras, amable actitud, magnanimidad generosa, cuanta fuerza moral ha evocado surge en el alma de Schahriar al repetido reclamo de la esposa.

Mientras tanto, Dinarzada representa la inocencia feliz. Todo lo oye, incluso lo que no debe oir. La Moral de los árabes, ruda y fuerte, no entiende de gazmoñerías. Schahrazada tiene dicho que todas las palabras son limpias y puras para las almas limpias y puras...

Y una noche, tras un cuento malicioso, la pequeña se pone muy colorada, los ojos se le agrandan de adivina-

ción, y toda confusa oculta la linda cara con las manitas juntas, no sin atisbar a través de los cruzados dedos la sonrisa de la hermana.

Punto interesante. Los amores de ésta con el Rey, vivamente ardorosos, de familiares que le son no la conmueven. Preciso es que una historia de lejanos amores le exalte la fantasía, para que los deseos — ya alguien los comparó con las abejas — vengan a picarle la rosa del corazón.

Y ya que Dinarzada merece noticia completa, como chiquilla que mucho quisimos, mencionaré que venidos los días venturosos, se casó con Schahzamán, hermano de Schahriar y rey poderoso de Samarkanda - Al - Ajam. Refiere el epílogo de *El Libro de las Mil Noches* y *Una Noche,* que la propia Schahrazada peinó y trenzó los cabellos de su hermana y los roció de perlas, preparándola para las bodas; que luego le puso un traje de tela antigua, del tiempo de los Khosroes, brochada de oro rojo, y le prendió al cuello un collar de maravilla.

Y con este traje dió la primera ronda ritual; y vistió para la segunda uno de raso azul, de un tinte ultramarino, "que arrebataba la razón"; y para la tercera una seda color de albaricoque; y para la cuarta una túnica de terciopelo granate; y para la quinta una de seda amarillo limón, rayada con dibujos; y para la sexta un traje de raso verde sembrado de perlas. Y le dijeron: ¿Cuál es el nombre de ese vestido? Y ella dijo: No tiene nombre; es mi camisa. Así dió las seis vueltas de la embriaguez amorosa, y en cuanto a la séptima, solamente lo sabe Schahzamán...

VIII

Tal como queda expuesto, el contenido emocional del libro, cuyo asunto no había sido dramatizado hasta hoy, salvo el episodio de Massaúd el negro, que ha dado tema a un interesante "ballet".

Según me sucedió con "La Sulamita" hubo de sucederme con "Las Mil y Una Noches": ví allí un admirable motivo teatral que me sedujo.

Mas había de ajustarme a la letra estricta del libro árabe, en punto a la acción misma, al número de los personajes, a sus rasgos psicológicos? Sabemos que la acción se desenvuelve en el texto, a lo largo de siete años contados desde el día de la primera matanza. Atenerse al texto y diluír el drama, hubiera sido todo uno. Limitar el número de los actores hubiera comportado una dificultad sin objeto. El poeta, el dramaturgo pueden crear, deben crear si lo impone la necesidad artística. Y en cuanto a la fisonomía psicológica de los protagonistas es lo cierto que mi libertad de interpretarla, no tenía por qué aminorarse.

Así, recapitulando, me propuse intensificar el argumento, de suerte que sus tres actos obedecieran en lo posible al antiguo precepto de la unidad de tiempo. De las mil y

una noches vino a bastarme la primera para llegar al desenlace.

Lo contrario era empequeñecer la figura de Schahriar, aniñarla, hacer de él una pobrecilla alma distraída noche a noche por la infantil curiosidad de oír el final de un cuento. Nada me importó que así aniñado lo presentara la tradición; prescindí de ella. Lo que en la novela pasa, en el teatro estorba. La novela es un desarrollo. El teatro, una síntesis.

Grave conflicto me ocurría también con Schahrazada. Si ésta no amaba a Schahriar, ¿qué valor trágico, íntimo, trascendente había en su sacrificio? ¿Qué estaba haciendo en esa alcoba nupcial si no amaba? Yo le exijí para entrar el santo y seña. De ahí, a su lado, para dar más relieve a ese amor, la presencia de Zeinab, de Delicia del Tiempo y de las compañeras que le dí. De ahí también la aparición del mercader. Finalmente, como de personita que quedaba de más, me olvidé a sabiendas de Dinarzada...

Y pongo punto a esta prolijidad.

IX

Le debo a Martín Gil las noticias del tercer acto sobre el lejano cielo de la Arabia de mil años atrás, bajo cuyas constelaciones dialogan Schahrazada y el Rey.

Como de algún provecho será, quiero dar mayores referencias sobre el firmamento de aquella noche extinta. A nadie le viene mal un poco de extensión celeste, así sea en una lejanía, que desvanecieron las edades. Rehacer, diez siglos de por medio, el particular dibujo de la expansión sideral es casi un acto religioso en que se complace la piedad.

Déjeseme reacomodar, gracias al mago amigo, los signos de aquella noche; déjeseme, voy a decir "resucitar" aquellos astros en aquella hora misma. Bien estará que lo haga una vez siquiera por tantas veces que ellos me reacomodaron y me resucitaron...

Tengo muchos amigos, y vivo invitándolos a viajar; pero ninguno tan asediado por mi instancia como el amigo buceador de los cielos. Los dos sabemos — y tú también, lector—que por entre sus tinieblas vienen y van los genios del destino: éste con la copa de la escasa fiesta; aquél con las tablas de las duras pruebas. Por ahí anda el que une por un instante y pasa; por ahí el que separa por una

eternidad, y se queda vigilando. Mas conviene salirles al cruce, mirarse frente a frente con los genios, incluso con los del mal. Así se les conoce en su justa apostura, y de vuelta, se atempera el horror que sus gigantescas sombras infunden a lo ancho de la tierra.

Nos fuímos, pues, en busca de Schahrazada. Retrocedimos mil años, nos colocamos bajo los 25° de latitud norte de la Arabia; escogimos el equinoccio de marzo; elegimos las cinco de la mañana de la hora local.

Apenas coloreaba el oriente. Era ya puesta la Cruz del Sud. Tendido oblicuamente al sud-oeste, a los treinta y tantos grados sobre el horizonte, brillaba el Escorpión. Antares, que es su corazón sangriento, temblaba en la noche. Relucía en la altura hacia el sud-este, esa perla de Altaír; y rutilaba hacia el cenit la constelación de Hércules, no lejos de Vega de la Lira, la blanca estrella enamorada. Deneb, alfa del Cisne, titilaba hacia el nor-este; y Arcturus,—otro Arcturus...—, descendía ya. Lo demás quedó dicho. Se oía clarísima la voz de las acequias entre los árboles negros, y se levantaba de los jardines un perfume que daba embriaguez.

No quiero proseguir. No parece negocio aconsejable el de jugar con los astros. Ni siquiera nombrarlos es del todo conveniente. ¿No ves cómo por cada punto luminoso, hay en torno inmensidades de sombra?... ¿Qué me podrá alegrar la perla solitaria en el crespón doloroso de la viuda?... Dicen que llenas están de virtudes maléficas las constelaciones, aún miradas, mil años de por medio, desde la meditación. Serán supersticiones, pero pudieran no ser.

X

Primero en "Dharma", después en "La Sulamita", ahora en "El Amor de Schahrazada", llevo hechos tres viajes al Oriente; aquél rastreando el tesoro jurídico de sus pueblos; éstos para encarecer las riquezas de su arte. He ido y he vuelto...

Con tales antecedentes me urge decir que yo no soy un orientalista, ni por el saber, que tan poco sé, ni por la exclusiva inclinación; que está lejos de mi ánimo la actitud de esquivez para mi tiempo y mi patria.

Sostengo a este propósito, que en ninguno de aquellos tres casos he incurrido en el orientalismo por el orientalismo. He buscado en el Oriente valores universales. En "Dharma" he procurado establecer los orígenes del Derecho de Roma, que vale decir del Derecho del Mundo. La Sulamita, por su lado, no tiene comarca, figura bíblica como es, que todos por igual nos adjudicamos. Por eso fuí a ella.

Y quién vendrá ahora a decirme que Schahrazada es árabe! Yo he oído por años de mi niñez su arrebatadora historia, referida por la criada que nació en la pampa... Bien me sé que Schahrazada pertenece a la humanidad, y

que muerto su rey, ella se ha dado a repetir sus cuentos a todos los niños.

Así me interesa el Oriente: mirado desde mi patria, sin frenesí exótico, sin embriagarme demasiado. Así le puede interesar y convenir a todo argentino, pues nuestro compatriota, según lo sueño para pronto, ha de ser cada vez más un ciudadano del mundo. Y no es cosa de preocuparlo excesivamente, con el manzano de su patio.

XI

Y es lo cierto que cuanto la humanidad ha soñado, ha pensado, ha vivido, pasa temblorosamente entre las fantasmagorías de los cuentos.

Hallamos allí a los viejos conocidos. Una aventura de Sindbad el Marino nos recuerda la lucha de Ulises con el Cíclope. Como en la Odisea, el gigante enceguecido, arroja peñascos enormes contra la balsa del marinero que ya se balancea en el mar. Abraham, Isaac, David, Salomón, los profetas, los reyes, los magos; el ángel, el genio, el duende; nadie falta.

Salomón figura allí tal como yo lo consideré en la nota que le tengo consagrada en "La Sulamita" y en el libro exegético "El Cantar de los Cantares", que mantengo inédito, y que alguna vez publicaré inadvertidamente... Muestra la traza de una apariencia mítica, de una personificación del Sol. Así resulta de muchos pasajes y especialmente del cuento de "La Docta Simpatía", en que se propone esta reveladora adivinanza:

—¿Quién es ése que al ponerse en oración no oraba ni en el cielo, ni en la tierra?...

—Salomón, se responde, que se ponía en oración sobre

una alfombra suspendida en el aire entre el cielo y la tierra...

Lo cual, poéticamente dicho, hace el sol todos los días.. Pero no insisto.

Ni siquiera falta en los relatos la referencia enigmática, que por misteriosa sugestión nos lleva a imaginar los legendarios imperios de la Atlántida. No han de pertenecer a otra comarca, en efecto, esos palacios abandonados, erguidos con sus murallones de acero, en absoluta clausura; hoja sobre hoja, la puerta de ébano macizo en que resaltan las incrustaciones de oro y gemas. Palacios que dan estupor. Palacios del más allá. Palacios como de sueño, sombríos, profundos, helados, con los muros grabados de inscripciones sabias y de jeroglíficos extraños. Palacios gigantescos donde el héroe kabalista halla tronos en olvido, arcas repletas de esmeraldas, de turquesas, de perlas, a la luz inextinguible que derraman desde el artesonado arañas de plata y lámparas de rubí.

Desconcertante fantasía!—se piensa.

Pero ¿hay en ello puramente fantasía, o la fantasía es tan solo el color con que madura la fruta del conocimiento? Ese caballo negro, fuerte volador, que el jinete dirige a toque de resortes, qué especie de prodigio es? ¿Hay en *Las Mil y Una Noches* tanta imaginación, como se les adjudica, o encierran mucha oculta ciencia de pasados lejanísimos? Vendrá tiempo en que este problema se tenga que estudiar muy en serio.

Mientras tanto se dá por seguro que los cuentos tienen diversa procedencia, y que tal vez los menos sean genuinamente árabes. Hasta el artificio de Schahrazada tiene, a lo que se dice, origen persa, en la colección del *Hazar-Afsanah.* Es evidente también, que no florecieron de una sola vez, sino en distintas primaveras del mundo; y acaso entre civilizaciones a menudo antagónicas.

¿Cómo están, pues, unidos? ¿Qué lazo los vincula?

Este es el milagro de los mercaderes nómades, reunidos

al azar en los zocos de ciudades sin número. Allí se intercambiaban sus mercancías, en presencia del Kadí: la esclava blanca por la esclava negra, el alcanfor por el sándalo, la seda por el terciopelo. Después en alegres veladas, se referían historias interminablemente.

De esa suerte fueron poniendo en común todo el oro de sus sueños, este mismo oro, que brilla y tintinea a lo largo de oasis y desiertos por la tierra feliz de las Mil y Una Noches.

XII

Con sólo el asombro que los cuentos nos dejan, ya valdría la pena inquirir quién fué el árabe y por qué señas se distinguió de los otros hombres.

Bien se nota que tiene pupilas de penetrante sagacidad. Va de prisa en su caballo, pero mira y guarda. Se le acerca el egipcio, v. gr., y el árabe sintetiza en un refrán su opinión: Egipcios sutiles! Son capaces de pasar por el ojo de una aguja.

No se ocupa sino del día en que vive. Mañana, dice, vendrán las cosas de mañana. Entre tanto, respira y goza; respira, goza y trabaja. Porque ha sido verdaderamente un tesonero trabajador. No hay oficio ciertamente que su poesía innata no ennoblezca. El barbero le dice al parroquiano: ¡Que te sirva de delicia y frescura! El bañero del *hammam* le desea a su cliente: ¡Séate leve y bendito el baño! El aguador de la calle va voceando: ¡Vendo un agua que es miel!... Aún el pordiosero pone algo de gracia en su cantinela: ¡Oh, donador! ¡Oh, generoso! ¡Abre tu mano!...

No tendrán nunca los huertos y los jardines mejor visitante que un árabe. Se detiene frente a cada fruta, delante de cada flor, para dejar testimonio de su expansión

panteísta, siquiera en un rasgo, en un verso, en un armonioso decir. Siente toda la gama de los colores y distingue a perfección los más leves matices. Es, además, el maestro de los sabores y el doctor de los perfumes.

Entresaco de los cuentos algunos renglones estróficos que lo prueban.

Tiene dicho a las granadas: ¡Oh, cúpulas, cuando os miro aprendo arquitectura!

A las manzanas: En vuestros colores unís el rubor de la dicha a la amarillez de un amor sin esperanza.

A los higos blancos: Me gustáis como las vírgenes de Grecia.

A los higos negros: Me recordáis las ardientes mujeres de Etiopía.

A las almendras: Vuestro corazón tan a menudo doble y compartido, permanece siempre blanco. Hasta la infidelidad es virtud en vosotras.

A las naranjas: Sois globos de fuego y encerráis la frescura de la nieve.

A los limones: Sois plata que se convierte en oro.

A los dátiles: Beduinos de carne morena, hijos del sol.

Y a las palmeras: Quien haya disfrutado del reposo a la sombra de vuestras palmas, os ama para toda la vida y anhela todavía oiros murmurar sobre su tumba...

Si de tal modo ha elogiado a las frutas no es mucho que las flores hayan alcanzado también su alabanza. Como se vé en el cuento de "La jovenzuela lugartenienta de los pájaros" cada flor le ha confiado su secreto.

La rosa: Soy aquella de quien está enamorado el ruiseñor.

El jazmín: Nazco directamente del seno de la divinidad y reposo en el seno de las mujeres. Mi olor me hace estar presente todavía cuando ya estoy lejos.

El narciso: A cada instante aplaco mi sed en mi cáliz. Mas no es por mirarme en las aguas y admirarme, sino para pensar en el momento fatal de mi término.

El nenúfar: ¿Vióse jamás nada parecido? Estar en el agua y sentirse devorado por la sed más ardiente.

La violeta: Soy una cosita ínfima de aspecto delicioso. Llámese la rosa orgullo de la mañana. Yo soy su misterio.

El alelí: Ah! Me gustan las tinieblas de los amantes en que la enamorada desfallece con los brazos abiertos.

Como las flores, los pájaros y todas las aves le han contado al árabe su entera verdad, empezando por la golondrina que le ha dicho: Me quieren los moradores de la casa porque soy prudente. Estoy junto a ellos cuando reunidos conversan, pero me alejo cuando toman su comida.

El buho le ha confesado: Me llaman maestro de la sabiduría. Sí! Yo sé que el mundo es un gran vacío erigido sobre el vacío. Hablo oscuramente, pero yo me entiendo.

Y el cisne: Mi realeza está hecha de blancura, de soledad y de dignidad.

Y el halcón: Ciertamente, no soy el ruiseñor...

Gran poeta, de veras, el árabe! Y gran trabajador, como ya dije. Y gran varón de virtudes. Conocemos por el relato de Fresnel (Cantú, Ep. IX, t. III) la vieja psicología del árabe, sus hábitos, su arrojo, su temple, su honradez, su fuerza varonil. Los caballos—está allí escrito—son sus fortalezas, la tierra su colchón de plumas, el cielo su techo, el sable su baluarte, la constancia su tren de guerra. Sabemos incluso que tan hospitalario era que todo su patrimonio le resultaba escaso para obsequiar al pasajero que le pedía albergue en la noche. Y era además hombre de leal palabra. "El árabe que pide algo prestado—enseña el relato—coge una pequeña rama y la entrega al acreedor, el cual no exige mayor garantía, pues sabe que aquella rama vale tanto como una obligación ante testigos". El mismo texto nos explica el por qué de su estado nómade, su necesidad de ser así. Y es que hubiérales sido imposible, dentro de su organización, entronizar a un rey y rendirle tributo y sumisión, "pues entre las sociedades árabes eran

comunes las virtudes regias y todos se llamaban reyes".

Y sobre ésto fué prenda suya, un inmenso candor. Pueblo simple, no había nacido para las abstrusas metafísicas. Su fantasía sabe desmenuzar en polvo de oro y aljófares los sistemas cosmogónicos. Posee una particular alquimia con que transmuta invariablemente la ciencia en cuento. Hasta la creación resulta en sus labios una deliciosa historia que no nos exige mayor crédito: Alah es el Señor, y Adán su labor excelente, el cual fué hecho con barro seco; el barro fué la obra de la espuma; la espuma, obra del mar; el mar fué sacado de las hondas tinieblas; las tinieblas nacieron de la luz; la luz, de un monstruo primordial; el monstruo, de un rubí; el rubí, de una roca; la roca, del agua infinita; el agua infinita, de la palabra: Sea!... Y Alah es Dios y Mahoma su profeta, y la vida es dulce porque se puede amar y volar en el caballo del desierto, y cantar por los aduares, o al menos, mascar haschisch y soñar con la dicha.

XIII

Antes de seguir. Los cuentos de los árabes representan una literatura inmoral?

La cuestión tiene interés, máxime si de tal primera afirmación quiere inducirse después la inmoralidad del Oriente. Se suele aún, partiendo de aquella premisa, hallar contraposición entre lo griego y lo oriental.

Lo griego vendría a ser un sintético prodigio en que contemplaríamos el más cabal equilibrio, el triángulo equilátero de bien, verdad y belleza. Sería también la vida serena, la libertad armoniosa de las diferentes fuerzas. Sería, si más se quiere, la música de los mundos...

Entre tanto, lo oriental se concretaría en el mito hirsuto y desmesurado. Su religión sería como un caos donde se movieran gigantescas intenciones eternamente frustradas. Su ciencia, un océano de números, allá por las heladas latitudes de unas matemáticas ocultistas. Su arte, combinación monstruosa, estética feroz, rugido, trueno, temporal desmelenado.

Lo griego en la vida pública daríanos con Aristóteles la clave del buen gobierno, de la democracia libre, de los derechos ciudadanos, en tanto que lo oriental vendría a ser

el despotismo del sátrapa, el serrallo de la odalisca, el gobierno de los magos. ¡Qué mentira!

Lo griego aportaríanos en la vida íntima el hogar ejemplarísimo, la dulzura familiar, el casto amor de siempre austeros Ulises por siempre púdicas Penélopes. Lo oriental mientras tanto, sería la impudicia y el desorden, la sevicia y el crimen, el vino y la muerte.

Esto leemos todos los días. La prueba de aquellos asertos? Dos principales: El Cantar de los Cantares y El Libro de las Mil y Una Noches.

Acerca de aquel punto tengo un libro ya concluído que demostrará—lo espero—hasta qué grado es temeraria la calumnia. A cerca de este otro podemos ver lo que haya de cierto.

Pero es previo advertir que lo griego no ha sido siempre lo mejor. En la Grecia como en toda humana asociación, las luces del espíritu han brillado sobre un fondo de tinieblas. La Grecia vista desde el Renacimiento es una falsa Grecia.

Quien lea sin pasión "La República" hallará en el texto platónico, en toda aquella "curiosa fantasía" como dijera Renán, los fundamentos que más tarde en los tiempos católicos habían de sostener los potros de tortura de la Inquisición y el tinglado sangriento de los autos de fe. Allí, no en Agustín ni en Tomás, están las bases del despotismo religioso y de la tiranía política. Y aquello era el aire respirado por los griegos en esa edad. La muerte de Sócrates, acusado de sacrilegio, de introducir dioses nuevos, lo comprueba de sobra.

No quiero, pues harto me extendería, analizar, en lo que hace a las costumbres helénicas, el vergonzoso teatro de Aristófanes, donde no hay bajo chisme, inmunda jerigonza, jerga de difamación, que no revuele en espesa manga de moscas en torno de las maravillosas abejas doradas. Ni quiero con Eurípides, documentar el salvajismo de

los héroes. Déjola a orillas del mar, clamando por el sacrificio de una princesa troyana, a la sombra de Aquiles irredento.

Vuelvo a mi caso. ¿Son inmorales los cuentos? El doctor Mardrus lo tiene contestado: "Entienden poco de malicia las huríes. Los pueblos primitivos — aquellos que aún no tienen una mancha en la carne o en el espíritu—llaman a las cosas por su nombre y no encuentran nunca condenable lo que es natural, ni licenciosa la expresión de lo natural. Además la literatura árabe ignora totalmente ese producto odioso de la vejez espiritual: la intención pornográfica... Y ríen de todo corazón, como niños, allí donde un puritano gemiría de escándalo".

No hay, estoy seguro, en Las Mil y Una Noches, amor inmoral, ni amor teratológico. Los amorcillos revuelan desnudos porque son inocentes.

Ni en esto ni en nada vale más lo griego que lo oriental. En lo oriental y en lo griego reluce la misma divina luz espiritual sobre el fondo de las mismas tinieblas fatales.

XIV

Si hemos de atenernos a la voz del Profeta, los árabes constituyen el pueblo escogido, el intermediario (Corán II, 137) entre los hombres y Alah. Y así fué escrito en su destino desde su lejano origen que remonta a los tiempos de Ismael.

Pero decir esto es tanto como no decir nada. Ni Ismael, ni Abraham, ni Agar, pueden servirnos para inducir con certeza ninguna referencia cronológica. La antigüedad ignoró a los agarenos y poco supo de la Arabia. Es lo único que se puede establecer.

La Arabia fué un misterio. Cuando Roma imperaba, sus estandartes fracasaron en aquellos páramos. El árabe ni siquiera tenía que hacer armas contra su invasor; pues le bastaba alzar sus tiendas, cegar sus pozos, aparejar sus camellos o huir a caballo, para que el desierto se defendiera solo.

La Arabia es todavía hoy un enigma. Se sospecha que en los arenales del erial hay sepultas ciudades de la prehistoria. La Arabia Meridional, ha mostrado ya más de un tesoro, y los viajeros han comenzado a detenerse ante las piedras inscriptas. Quizás mañana las comunes raíces de los antiquísimos dialectos ismaelitas darán la clave que

descifre el sentido de las escrituras, y aclare los problemas étnicos correlativos.

El valle de la Meca, con su famoso templo de la Caaba, donde recibía adoración la Piedra Negra, vinculó a los árabes en una común idolatría. Reuníanse también en las ferias de Occad, ilustre plaza, donde se celebraban torneos poéticos que la tradición no ha olvidado. Y poco o nada más se conoce acerca de las predestinadas tribus.

Vienen así con el siglo VII, los años de Mahoma. No es mi propósito detallar los puntos de su religión, que toda ella se formula en la exclamación consabida de "La ilah ill Alah, ua Mahomed rassul Alah", ni creo que me corresponda renovar las pobres cuestiones relativas a la vida y obras del Profeta, tan largamente y tan sin objeto zarandeadas. No hay peligro, según la festiva ocurrencia de Carlyle, de que ninguno de nosotros se vuelva mahometano... Mencionaré, entonces, tan solo, que iluminado o impostor, Mahoma determinó la grandeza ulterior de los árabes.

Alah es Dios y Mahoma su profeta. En esta simplicidad estuvo la fuerza del Islam. Hay un Dios. Convenido. ¿Por quién lo sabemos? Por Mahoma, el inspirado. Nunca se inventó en el mundo nada más fácil de comprender.
Todo cayó al empuje musulmán: la Siria, Cartago, Chipre, las Cícladas, la Persia venerable. Viena habría de soportar veinte obstinados asaltos, los campos de Hungría habrían de ver desfilar treinta mil camellos cargados de municiones. Genízaros y mamelucos habrían de amenazar a Italia y Alemania. España habría de sucumbir sojuzgada, mientras temblara en toda Europa la raza de los católicos romanos, esto es de los escorpiones, dicho a la franca manera del muslim.

Y fueron los tiempos negros del islamismo fanático. Omar arrojaba al Tigris la Biblioteca real de la capital esclavizada. Amrú, más tarde cumpliendo instrucción

de aquél, daría al fuego los últimos papiros del Serapion de Alejandría.

Los últimos papiros—hay que ser justo—y no la Biblioteca como suele decirse con ligera información. Pues la gran obra destructora que asoló a Alejandría no fué gloria del Islam; fué gloria del romanismo... Teófilo, bajo el reino de Teodosio, fué el sumo aniquilador. El destruyó para fundar una capilla mísera, el templo del Serapion, sus graderías, su peristilo, sus magníficas salas, su Biblioteca egregia. Teófilo primero y Cirilo después se anticiparon evidentemente a la proeza de Omar. A cada secta lo suyo.

Al fanatismo religioso correspondió por ley fatal la tiranía política. Los espantosos tiranos de los cuentos no son ficciones del cuentista. Cufa y Basora en los comienzos de la expansión sarracena los vieron abominables. Hasta cabría suponer que el feroz Schahriar fuera figura histórica, acaso un sombrío lugarteniente de los muchos que depredaron el desdichado Irak. De uno se cuenta que en seis meses pasó a cuchillo ocho mil ciudadanos. ¿Qué tanto, al lado de ese horror, matar una esposa por noche?

Pero antes de pocos siglos, gracias a sus luengos viajes y dilatadas conquistas, el árabe se pulió, se embelleció, se ennobleció, sintió exaltarse su atávico amor al verso, vió despertar su antiguo ingenio de artista. Mohawiah conmutaría la pena de un ladrón, cautivado por una estrofa, y Harún Al-Raschid se rodearía de estetas y sabios.

Promediaba el año 711 cuando la derrota de Rodrigo a orillas del Guadalete aseguró el dominio del musulmán en una vasta región de España. Y este ejército marchó sobre Córdoba, aquél cayó sobre Málaga, aquel otro sometió a Toledo.

Abd-el Rahman II, el Victorioso, fué un príncipe de bendición, fuerte con el enemigo en la batalla, fuerte consigo mismo en la victoria. Otro Ommiada, Abd-el Rahman III, figura entre los mayores emires. Su califato en-

grandeció de tal manera a Córdoba, que según los cronistas llegó a contar sesenta palacios, doscientas doce mil casas, ochocientas mil tiendas, novecientos baños públicos, sesenta bibliotecas y diez y siete institutos de enseñanza. Gran amante de la literatura y de las artes fué asimismo el sucesor de aquel Al-Hakem II, que hizo de Andalucía la patria del libro. Este espíritu de la Córdoba sarracena encarnado en un hombre se llama Averroes en la historia de los genios.

Aquel segundo Abd-el Rahmán no hacía en suma sino seguir la generosa enseñanza de Abu-Bekr, que de este modo proclamaba a las tropas de su mando: "Acordáos de que os halláis en presencia de Alah y próximos a la muerte. No volváis la espalda, pero perdonad a las mujeres, a los viejos, a los niños, a los animales, a las palmeras, a las mieses y las frutas".

Y fué el caso español, que Sevilla, Granada, Málaga, Zaragoza, Murcia, Jaén—villorios antes—alcanzaron, gracias a los árabes, renombre y honor entre las ciudades industriales. Sus artes textiles asombraron al mundo. Lo mismo aconteció con la cerámica que hizo célebre a Calatayud. Y no se hable de los famosos patios moriscos, del Patio de los Leones, del Patio de los Estanques, a cuya vera sueñan los hombres todavía (1).

En tierra de España, la medicina clásica era repasada, revisada, metodizada por el árabe naturalista, mientras la Iglesia con su sistema de lo sobrenatural, entendido de

---

(1) He usado indistintamente los términos de árabe y de morisco, y a mi entender, he hecho bien. No me interesan para el caso las pequeñas disputas etnológicas. Lo morisco español es, dígase lo que se diga, esencialmente árabe. Ya los moros desde la antigüedad legendaria, se jactaban de proceder de las nobles tribus primitivas. Fuera de esto, los moros llevaron a España el espíritu árabe, en su religión, en su amor al arte, en su devoción por la ciencia, en su culto a la vida, en su actitud de tolerancia. Y está dicho todo.

un modo salvaje, fundaba en las reliquias el agente curativo.

Más aún, el antiguo sabeísmo se trocaba en científica contemplación; medio cielo se bautizaba con nombres árabes; fundábanse observatorios; se medía la oblicuidad de la eclíptica; se estudiaba las órbitas planetarias; se precisaba los principios de la trigonometría; se computaba el año con matemática certeza. Dicho de una vez: Se preparaba el advenimiento de América a la vida universal. La Iglesia, mientras tanto, preparaba el consejo de los sabios de Salamanca, y para más tarde, la hoguera de Giordano Bruno y los suplicios de Galileo.

Bien que el fanatismo islámico, provocado a buen seguro por la intemperancia católica determinara en los comienzos de la dominación sarracena odiosas persecuciones, que nunca se parangonarían con las que habría de padecer después el musulmán vencido; bien que las dificultades propias de la reciente invasión fueran causa de numerosas exacciones; medido, pesado y contado todo cuanto los detractores del árabe tienen dicho en su contra, ha de admitirse, en estricta justicia, que los musulmanes de España hiciéronle a la Europa, todavía bárbara, los más valiosos presentes, los más inmensos regalos de tolerancia, de ciencia, de arte, de hombría de bien, de belleza, de honor, de limpieza, de virtud.

Cumplieron su destino y se agotaron. Su grandeza duró lo que un espejismo de los yermos.

Y es de señalar que la extraordinaria visión, la comprensión maravillosa del color y de la forma, la alta facultad poética, el ardoroso amor a la vida, que fueron prendas salientes de los árabes, les vinieron por la fuerza del contraste, desde los tiempos en que el peregrino de la Meca, atravesaba soñando horizontes mejores, las estériles arenas de la región del Hedjaz.

"Pero Alah es más sabio"...

XV

¿Conduce el fatalismo a la inacción? Los árabes invitan a meditarlo.

El musulmán no contaba para nada con la libertad; creía que cada acontecimiento le estaba de antemano señalado; se imponía el deber de la conformidad ante la vida casi siempre adversa.

Su Profeta le decía: "El libro evidente de las sentencias de Dios nos tiene ya fijado el término de la vida". (Cor. III. 139). Le enseñaba también: "Alah extravía al que quiere y dirige al que quiere". (Cor. XIV, 4). De tal manera, ni la virtud más acendrada le aseguraba su bien moral, ni la depravación más degradante su perdición. Como impelidos por un huracán, los infieles—¿qué culpa tuvieron en serlo?—serán precipitados en la Gehenna; los creyentes—¿qué mérito tuvieron en creer?—hallarán abiertas las puertas del Paraíso. Todo, hasta en la muerte, está calculado, parcelado, predestinado por Alah.

Tampoco debía el árabe preocuparse, ni con mucho, de los problemas cotidianos. El Corán habla claro: "Todo negocio depende de Alah" (III, 148). "Las órdenes de Alah están fijadas desde la eternidad".

Se diría que nuestra alma va siguiendo por el negro aire

del mundo, el vuelo del pájaro del destino. De ahí su refrán nunca olvidado: Cada uno lleva su pájaro atado al cuello...

No sucedía, sin embargo, que el árabe, al modo persa, creyera en el poder de las constelaciones, buenas y malas, abanderadas con Ormuz o Ahrimán. La astronomía alcoránica, de todo punto deficiente, sabe apenas que el Zodíaco tiene sus signos en orden (XV, 16), y—cosa infantil—que las estrellas errantes son dardos inflamados que los ángeles del Paraíso arrojan a los genios curiosos... No se funda, pues, el fatalismo en un sistema astrológico sino meramente en la arbitraria voluntad del Señor.

Sin embargo, el sabeísmo—la más difundida religión de los desiertos—fué anterior al Islam y sus conceptos no cayeron, venido éste, en un olvido total. No los astros en sí, sino sus Espíritus Regentes, recibieron la adoración del beduino. En Sanaa, capital del Yemen, se elevaba el templo de Beit Gomdam, consagrado al planeta Venus. Abulfaraje, citado por Ch. Dupuis, en el primer capítulo de su notable obra "L'Origine de tous les Cultes", no solo dice que las tribus profesaron la astrolatría, sino que cada una tenía su estrella tutelar: así, la tribu de Hamyar, el sol; la de Cannah, la luna; la de Misa, Aldebarán; la de Tai, Canopus; la de Kais, Sirio. Y en cuanto a Venus, menciona que era reverenciada bajo el nombre de Cabar, esto es, la grande, y que la oración que se le consagraba empezaba con esta fórmula: *Alla, va, Cabar, alla.*

Así, por el Corán y por la tradición astrolátrica, el pueblo árabe era un pueblo fatalista. ¿Fué por esto inactivo? Toda la historia contesta que no. ¿De dónde, pues, se saca que el fatalismo comporta la inacción, lugar común divulgado por la escolástica?

No. La vida mueve a los hombres, curándose muy poco de lo que digan las filosofías. Más allá de las doctrinas, de los sistemas, de las especulaciones, de las lógicas, da rondas en grandes vueltas la eterna ilusión, que tan luego

subyuga como desengaña; la multiforme, polícroma, multísona, encantadora ilusión con que se embriagan las almas.

Busco el por qué de los actos, la recóndita causa de las mayores empresas, y advierto con el budhista, que su raíz es deseo, insaciable deseo de color, de forma, de movimiento, de distribución.

Vivimos porque deseamos. Vivimos del ansia de vivir. Nos hundimos con deleite en la emoción de las cosas. Dicho de otro modo, somos todo oídos para los cuentos de la vida. Las ciencias, las artes, las industrias mismas no hacen más que contárnoslos de diversas maneras. Poetas y músicos y pintores y geólogos y astrónomos son como iluminadores que acá y allá nos dibujan viñetas en este libro de cuentos del mundo.

Y hay los que cuentan cuentos y los que escriben los cuentos. Entre éstos están los hombres de empresa, los que van a la batalla, los que fundan o incendian ciudades, los que catean minas, los que se dan a la mar, toda la especie heroica de los conquistadores.

En cada obra, sea de paz o de guerra, somos al fin hacedores de cuentos. Diré más: soportamos el dolor por puro interés dramático. Acaso nuestra pena más irremediable se nos hace llevadera, de curiosidad que nos coge de conocer el desenlace... Y así vamos viviendo...

En suma, el mérito de los árabes está en haber comprendido esta necesidad "biológica" de los cuentos, y su grandeza en haberlos realizado y referido maravillosamente.

XVI

Otro mérito singular tuvieron los árabes: el de jugar al ajedrez. Fastuosos y opulentos, era su tablero de ébano y marfil con cantoneras de oro; las piezas blancas, de cristal de roca; las rojas, de rubí.

No se sabe quiénes fueron sus maestros; que los tuvieron, pues nada más insostenible que la tesis vulgar de que aquéllos inventaron el admirable juego. Donde quiera que ha ido el investigador,—a la China, al Egipto, a la Persia, a la India,—ha encontrado un ajedrez más complicado que el de los musulmanes, más numeroso de piezas y casillas, más abstruso, si se puede decir, y hasta no exento de un cierto carácter esotérico.

El árabe no inventó el ajedrez; lo recibió en herencia. Su virtud consiste en haberlo simplificado y reducido a más humanos términos. Porque aunque resulte extrañamente comteano lo que voy a expresar, el ajedrez nos ofrece sus tres estados bastante precisos: el teológico, el metafísico y el positivo.

En la sabia India, en el severo Egipto, en la profunda Persia, el tablero ajedríztico proponía más bien que un problema de lógica como ahora, un enunciado teogónico. Cada pieza era un dios. Acaso para el persa, las piezas

negras representaban las funestas fuerzas de Arimanes, y las blancas, los salvadores poderes de Ormuzd. En la India sería el ajedrez como quien dijera el Ramayana vertido al tablero; o más aún, el Bagavah-Gita traducido al marfil.

La etimología nos revela el origen persa de algunas piezas, como el alfil, nombre procedente de "pil", vocablo que en la lengua del Zend Avesta significa elefante. En son de trivial referencia recordaré que el alfil se denomina el loco, fou, entre los franceses,—y de ahí su gorro de bufón en los diagramas,—y bishop, obispo, entre los británicos. Desearía conocer exactamente algún día las relaciones que haya entre un elefante, un obispo y un loco...

Nadie dará jamás con un origen. Y así han salido frustrados los intentos de hallar el del ajedrez. Sin asomo de propósito irónico, es dable preguntarse si lo hubimos por la revelación, o si poco a poco se fué constituyendo y perfeccionando. Yo me atrevo a creer que nació perfecto. Me atrevo a creer que fué la aplicación ingeniosa de alguna serie matemática, de algún desarrollo algebraico. A menudo ocurre de tal modo con las conquistas de la ciencia: esto se queda para el estudioso; estotro se deriva hacia el esparcimiento de salón.

El juego de las damas, que algo se le asemeja, tiene su origen bien averiguado en los altos números. Yo he leído en algún lugar que ya ha sido descubierta la síntesis matemática de tal juego, a punto que jugando con justeza, el que sale, gana. Podrá también hallarse con los años la síntesis ajedríztica, y habrá entonces, para pobreza nuestra, un misterio menos en la tierra. Las piezas blancas triunfarán siempre, es decir, las fuerzas puras de Ormuzd, como está escrito.

Para los árabes tuvo acaso el ajedrez un interés exegético. La libertad que el Corán les negaba, dábasela el tablero. Atenidos, de labios afuera, a la ortodoxia coránica, decían saber que todo viene de Alah; mas, corazón aden-

tro, no acababan de proponerse el porqué de la buena o mala andanza. No les respondía el fatalismo valederamente. El ajedrez, en cambio, les sugería la deseada verdad.

En efecto, todo el juego contiene la explicación del destino, de acuerdo con el principio hindú del karma, en que se le concibe inteligente y justiciero, esto es, causado rigurosamente por nosotros mismos.

Veámoslo. Siéntome a jugar frente a mi maestro, por libre y mutua voluntad: lo que enseña, no bien se "trascendentaliza", que si en el mundo estoy moviendo las piezas de la vida, nadie, sino yo mismo me lo impuso así. Estamos frente a frente, dotados de idénticas posibilidades. Esto me da la noción del frente a frente, que es de rigor en la vida, y de la originaria igualdad que es de su esencia. Mas como la acción a que se está consagrado no puede realizarse sin la modificación, la absoluta igualdad se destruirá muy pronto, mediante los actos libres,—hay que decir de algún modo,—de cada jugador. Igualdad absoluta significa treinta y dos piezas en reposo: así no se juega. Así no se vive tampoco.

Mas la desigualdad proveniente de la acción no será ni casual ni arbitraria, ni siquiera fatal en el sentido desolante: se fundará en la ley de la estricta justicia. El que resuelva mejor su problema, y no el que por ante sí lo imponga, será el superior.

Como en la vida, todo es problema en el ajedrez, desde la apertura hasta el mate. Pero todo es equidad y todo es ley. Tengo aquí peones, caballos, alfiles: están medidas mis potencias. Puedo adquirir, sin embargo, nuevas fuerzas por la combinación acertada de las que me han sido consentidas. Y a la inversa, puedo disminuirlas o perderlas. Nadie sino yo tendrá la culpa de esto. Una combinación errónea me traerá siempre a menos, bajo el jaque del rival. De donde se infiere, provechosamente, que la violenta ambición es perversa consejera, y que tan sólo

se ha de tomar en cuenta el interés del armonioso conjunto.

La multiplicidad de peligros de que vivimos rodeados se evidencia en el tablero. Hemos jugado por fin. ¿Qué hará el adversario?... Es el dueño de innumerables posibilidades; el mero paso de su peón, con ser nada más que un peón, puede comprometer todo mi plan y ocasionar mi ruina. Lección incomparable, que nos instruye en la suprema ley de la relatividad.

¿Y lo que se pierde, se pierde para siempre? El ajedrez nos da un consuelo. Si cuidamos la marcha de los ínfimos peones, tan pequeñitos como son, apoyando su avance con bien distribuídas fuerzas, alguno de ellos entrará a los últimos cuarteles del adversario, y será nuestro precio de rescate por la pieza grande que entregamos en temerario arranque al lazo del enemigo. Así del propio error viene a servirse el ajedrizta paciente para la ulterior victoria. Parece que por tales caminos se nos aleccionara de que no hay modesta intención ni altruista constancia que al cabo no fructifique.

Porque todo este juego se funda en el ejercicio altruísta de los poderes, como se ve de inmediato cuando se considera que siendo el rey la pieza menos útil, por él pelean las demás, denodadas y terribles. También se advierte que la pieza jaqueada no atiende nunca a su particular salvación sino a la del conjunto que se le sobrepone.

A pura lógica, a puro rigor racional, se pierde o se gana. Ni azar ni arbitrariedad da o quita el merecido laurel. En la postrera esquina del jaque-mate el rey se rinde ante las cosas evidentes. Sin amargura ni rencor, el perdidoso aleccionado recomienza la partida...

Pero volvamos a los estados comteanos. El ajedrez de los árabes siguió teniendo por principio, aunque muy morigerado, el del antiguo derecho divino del rey. No pudiendo substraerse a las influencias del medio, la edad feudal lo hizo feudal. Lasker denomina esa época los tiempos de

las celadas. Se jugaba, en efecto, fuera en la España de Rui López, fuera en la Italia de Greco el Calabrés, a base de emboscada y de sorpresa. Las grandes piezas dominaban las casillas y hacían, súbitamente, los más atrevidos asaltos.

Pero llegaban ya los años de Voltaire, de Rousseau, de Diderot. La organización feudal temblaba. Se proclamaba los derechos del hombre en los libros y en las plazas. Entonces mismo, Filidor, Francisco Andrés Danican Filidor, proclamó en el tablero el concepto revolucionario de los derechos del peón. Y probó su verdad obteniendo asombrosas victorias. Debió escribirse en su epitafio: Destruyó el derecho divino del rey y de las nobles piezas, y consagró el derecho popular de los peones... Así entró el ajedrez a su postrer estado: el estado positivo del examen, del análisis, de la síntesis.

Cuando digo que los árabes hiciéronle al mundo estupendos regalos, digo apenas la verdad.

Ajedriztas admirables, los califas jugaron en el tablero de las naciones, y sus rápidos alfiles dieron jaque a media Europa por la blanca diagonal de los desiertos.

XVII

Se vió en un parágrafo anterior que nada tan difícil pudo haber para las tribus del desierto como entronizar a un rey y rendirle tributo, "pues entre los árabes eran muy comunes las virtudes regias y todos se llamaban reyes".

La Historia, sin embargo, no acredita que el sarraceno fuera peor que otro cualquiera para la función del mando. Lo que sí nos cuenta—y de ello daré sucinta noticia—es que los emires del Islam padecían dolorosos insomnios, abrumada la mente con la preocupación de los negocios públicos, o tensos los nervios con el desorden pasional del harem, u oscurecida el alma tiránica con la hosca sombra del miedo.

Y entonces cuánto paciente cuidado para apresar ese pájaro esquivo del sueño! ¡Cuánta renovada posición para cerrar los ojos y olvidar! ¡Cuánto abanico de plumas en las terrazas fragantes! ¡Qué de músicos, de poetas, de narradores, echando sendas redes en la noche para procurarle al rey la conquista del descanso dichoso!

Akbar, aquel famoso monarca de la India, que llenó con su gloria la segunda mitad del siglo XVI, debió de ser la única excepción entre los reyes muslímicos. Su Visir Abu'l Fazl nos dice, en efecto, que "mientras otros

reyes emplean a los cuentistas para llamar el sueño. Su Majestad les oye para no dormirse".

Harún Al-Raschid, en cambio, fué un perseguido del insomnio, y con él todos los Harunes de la media luna.

La historia de Ibn Al Mansur, que Schahrazada refiere a Schahriar, trae a ese propósito un pasaje delicioso que no dejaré de citar y comentar.

Dolíase Harún Al-Raschid una noche, víctima de su mal.

"En vano daba vuelta de un lado a otro en su lecho... Al fin se cansó de la inutilidad de sus tentativas. Rechazó entonces violentamente con un pie las ropas de su cama, y dando una palmada llamó a Massrur, su porta-alfange".

Ya Massrur que vigilaba siempre a la puerta está en presencia del poderoso señor.

Y dice Harún, suplicante:

—"Massrur, búscame una distracción, porque no logro dormir".

Y contesta Massrur:

—"No hay nada como los paseos nocturnos, mi señor, para calmar el alma y adormecer los sentidos! Ahí fuera, en el jardín, está hermosa la noche. Bajaremos y nos pasearemos entre los árboles, entre las flores; y contemplaremos las estrellas y sus incrustaciones magníficas, y admiraremos la belleza de la luna que avanza lentamente en medio de ellas, y desciende hasta el río para bañarse en el agua".

Contemplo a Harún que levanta las cejas con desaliento. No... los paseos nocturnos... la noche entre los árboles... la luna... las estrellas... Oh! Los paseos de siempre!... la noche de siempre!... La luna de siempre!... Las estrellas de siempre!... ¡Qué poca novedad la del universo!

Y el califa dice:

—"Massrur, esta noche mi alma no desea ver semejantes cosas!"

Y Massrur se atreve a añadir:

—"Señor, en tu palacio tienes trescientas mujeres secretas, y cada una disfruta de un pabellón para ella sola. Iré a prevenirlas para que todas estén preparadas, y entonces te pondrás tú detrás de los tapices de cada pabellón y las admirarás".

Adivino los pensamientos de Harún. Los pabellones... Las mujeres... ¡Qué lindas las mujeres cuando se ama! ¡Qué tristes cuando la ilusión se va!... Trescientas son las sultanas... Trescientas veces se esfumó la ilusión...

Y el califa dice:

—"Massrur, no es nada de eso lo que anhela mi alma esta noche!"

El hastío en la noche da la sed pavorosa de lo desconocido. Muerde el hastío en todos los pensamientos, frutas de vario color con que engañamos nuestra mesa. El que ha mordido en ellas, con diente de hastío, bien lo sabe. ¡Qué vanidad de hollejo y qué dureza de carozo!

Y propone Massrur:

—"Ordena, mi señor, y haré que entre tus manos se congreguen los sabios, los consejeros y los poetas de Bagdad. Los consejeros pronunciarán ante tí hermosas sentencias; los sabios te pondrán al corriente de los descubrimientos que hayan hecho en los anales, y los poetas encantarán tu espíritu con sus versos".

Y dice el califa:

—"Massrur, no es nada de eso lo que anhela mi alma esta noche!"

Bien hecho, Al-Raschid, te digo desde los siglos! Venga el filósofo que sepa la palabra que cura para siempre. Si no la sabe, quédese. Venga el poeta que sepa encantar para siempre. Si no lo sabe, cómase él solo la amarga raíz de que se nutre la flor de su poesía.

Y a cada propuesta de Massrur, Al-Raschid clama:

—"No es nada de eso lo que anhela mi alma esta noche!"

Hasta que el porta-alfange, impotente y vencido, dice por fin:

—"¡Córtame entonces la cabeza, mi señor! ¡Quizá sea lo único que disipe tu hastío!"

¡Sabio de veras el tal Massrur! Que así es de pobre el hombre, sea rey o servidor, y así de fatal su suerte, que en la desesperación de su pobreza, se reduce todavía a mayor indigencia, matando o deshaciendo lo poco que le quedó... ¡Córtame la cabeza!... Cortarlas. Ved ahí todo el soberano poder de un rey...

Como quien de sí mismo se ríe, Harún se echó a reir. Después dijo:

—"Mira, Massrur, puede que lo haga algún día! Pero ahora ve a ver si todavía hay en el vestíbulo alguien que verdaderamente sea agradable de aspecto y de conversación".

¡Eso es hablar! Primero el ansia, el supremo vuelo del deseo, buscando, escrutando, escudriñando; después, ya de vuelta, con las alas caídas, que sea lo que quiera, lo mismo da cualquier cosa!... ¡Eso se llama entender!

Y fué Ibn Al-Mansur, mentado en todo Bagdad por su malicia, el elegido para distraer el alma del califa. Y este Al-Mansur sabía muchos cuentos. Y empezó a contar: "Has de saber, oh emir de los creyentes, que todos los años..." El rey oía y el narrador contaba: "Ya sabes que en Basora hay setenta calles..." Y el rey seguía oyendo con el ánimo más aliviado, y el narrador contaba: "Y la hermosa joven me dijo con acento adusto: Oh, jeique!"... Y Harún ya nada oía quizás...

De pronto, Ibn Al-Mansur, se interrumpió. Harún roncaba. Harún dormía. Harún dormía profundamente.

Y Al-Mansur, de puntillas, se alejó.

Harún dormía. Harún dormía profundamente en la más rumorosa espesura del olvido feliz.

XVIII

Y concluyo bendiciendo.

Benditos cuentos de las Mil y Una Noches! Con qué recóndito alivio, al doblar la última hoja, exclamamos a unísono con el árabe: No hay recurso ni fuerza más que en el Omnipotente! ¡Cada uno lleva el pájaro de su suerte atado al cuello! ¡El destino depende de Alah!

Y pensamos: ¡Veredas que hacemos, senderos para ir y venir, puertas que abrimos, ventanas en que nos complacemos, ebrios con la ilusión de ser libres, qué serán sino redes, y nosotros, qué seremos, sino la pesca en la red!

Que Alah nos haga buenos; no le pedimos más.

FIN

INDICE

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL
DÍA 15 DE AGOSTO DE 1919 EN LA
IMPRENTA MERCATALI, JOSÉ A.
TERRY 285. LO EDITÓ LA
COOPERATIVA EDI-
TORIAL BUENOS
AIRES.

EDICIONES

DE LA

Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

AVENIDA DE MAYO 791

LIBROS PUBLICADOS

I—	Fernández Moreno. — *Ciudad*	agotado
II—	H. Quiroga.—*Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte* (2ª edición)	$ 2.—
III—	Carlos Ibarguren.—*De nuestra tierra*	"
IV—	Manuel Gálvez.—*La sombra del convento* (novela)	"
V—	Ernesto M. Barreda. — *Las rosas del mantón*	"
VI—	Carlos Muzzio Sáenz-Peña.—Versión castellana de *La cosecha de la fruta*, de Tagore (2ª edición)	$ 1.50
VII—	Arturo Capdevila.—*El libro de la noche*	$ 2.—
VIII—	Ricardo Jaimes Freyre.—*Los sueños son vida*	"
IX—	Luisa Israel de Portela.—*Vidas tristes* (2ª edición .	"
X—	Pedro Miguel Obligado.—*Gris*	agotado
XI—	Mario Bravo.—*Canciones y Poemas*	$ 2.—
XII—	Juan Carlos Dávalos.—*Salta*	"
XIII—	Alfonsina Storni.—*El dulce daño*	"
XIV—	Alvaro Melián Lafinur.—*Literatura contemporánea*	"
XV—	José León Pagano.—*El santo, el filósofo y el artista*	"
XVI—	Arturo Capdevila.—*Melpómene*	"
XVII—	Benito Lynch.—*Raquela* (novela)	"
XVIII—	Augusto Bunge.—*Polémicas*	"
XIX—	Carlos Correa Luna.—*Don Baltasar de Arandia* ...	"
XX—	Horacio Quiroga.—*Cuentos de la selva*	$ 1.20
XXI—	Delfina Bunge de Gálvez.—*La nouvelle moisson* ...	$ 2.—
XXII—	Juan Alvarez.—*Buenos Aires*	"
XXIII—	M. A. Barrenechea. — *Historia estética de la música*	$ 3.—
XXIV—	Marco Avellaneda.—*Del camino andado*	$ 2.—
XXV—	V. A. Salaverri.—*El corazón de María* (novela) ...	"
XXVI—	Arturo Capdevila.—*La Sulamita.*	$ 1.50
XXVII—	M. de Vedia y Mitre. — *El gobierno del Uruguay* ..	$ 2.—
XXVIII-	Alfonsina Storni. — *Irremediablemente*	"
XXIX—	Roberto Gache. — *Glosario de la farsa urbana*	"
XXX—	Juana de Ibarbourou. — *Las lenguas de diamante*...	"
XXXI—	Atilio Chiappori.—*La belleza invisible.*	"
XXXII—	Arturo Capdevila. — *El Amor de Schahrazada*....	"

PRÓXIMAMENTE

XXXIII - Alejandro Castiñeiras—*Máximo Gorki.* ....

Se venden en todas las buenas librerías

PARA PEDIDOS, DIRIGIRSE A LA

Agencia General de Librería y Publicaciones :: RIVADAVIA 1573 BUENOS AIRES

La COOPERATIVA EDITORIAL BUENOS AIRES está constituida por cerca de sesenta escritores argentinos. Es una sociedad anónima, y tiene personería jurídica.

Fundada en Marzo de 1917, ha publicado ya 31 volúmenes, de los cuales ocho se han agotado, habiendo sido tres de ellos vueltos a imprimir.

La COOPERATIVA BUENOS AIRES no edita sino los libros de sus asociados. No acepta correspondencia con personas ajenas a la Sociedad.

No recibe subvención ni ayuda oficial de ninguna especie.

Publica novelas, libros de cuentos, de versos, de crítica, de viajes, de filosofía y de historia.

Proximamente editará obras de Alejandro Castiñeiras, Alberto Nin Frías, Armando Donoso, Alberto Gerchunoff, Ricardo Saenz Hayes y Rafael Alberto Arrieta.

La Agencia General de Librería y Publicaciones se encarga de la venta y distribución de los libros de la Sociedad, los que el lector encontrará en todas las librerías importantes de la Argentina, de Chile, de Bolivia, del Paraguay y del Uruguay.



Opiniones sobre algunos libros publicados por la Cooperativa editorial Buenos Aires

Historia estética de la música

por Mariano Antonio Barrenechea

... Trátase de un libro orientador, fuerte, lleno de erudición, desenvuelta en páginas inspiradas, donde Barrenechea ha puesto sus excepcionales calidades de crítico agudo y cultísimo. Libro excelente, no se encontraría en habla castellana, de los escritos sobre el tema, ninguno ni tan sencillo ni tan educador. Se hará indispensable de inmediato para los que estudian arte y para los autodidactas que, capaces de sentir hondamente la emoción estética, no tienen ese precioso acervo primario que los oriente para llegar al complejo tecnicismo del arte.

LA EPOCA

Cuentos de la selva

por Horacio Quiroga

Contados son los autores que pueden presentar, como Quiroga, a la imaginación y a la inteligencia de los niños, asuntos nuevos e interesantes donde a la vez que una consecuencia de sana moral se les ofrece la fantasía de nuestras cosas, en escenarios y personajes sobriamente señalados, más que descriptos, y con un lenguaje culto y sencillo, fácil y eficaz para el objeto del trabajo.

Los ocho cuentos del tomo interesan y distraen a los pequeños lectores. Hemos podido comprobarlo en rueda de diminutos oyentes, vivamente atraídos por esas narraciones. Nos pareció que para poder apreciar debidamente este libro, se imponía esa experimentación y a fe que hemos podido alcanzarla sobradamente.

Hecho especialmente "para los niños", según lo indica el subtítulo, dejamos, con esto, señalado el mérito principal de la labor de Quiroga.

NUEVA ERA.

La Nouvelle Moisson

por Delfina Bunge de Gálvez.

La señora Bunge de Gálvez da pruebas de haber robustecido su pensamiento sin merma de la exquisita delicadeza de que en aquel volumen hizo gala. Hoy se presenta como un gran espíritu religioso, sereno, profundo; hay en sus poemas un latido de oración y no queremos que se confunda esto con lo mojigato, ni siquiera con lo devoto.

Hay en sus versos, además de este noble espíritu religioso, ternura, sencillez, amor por las cosas familiares. La expresión es perfecta; con sentido del ritmo, elección acertada en los temas e imaginación viva.

Estamos pues en presencia de un noble y bello libro de poesías, completamente alejado de las morbosidades al uso. Libro con altas ideas, dignas emociones y palabra limpia y armoniosa, es un verdadero regalo.

Está escrito en francés impecable... Recomendar la lectura de este libro, es, sencillamente, hacer un favor al público, ya que esos versos reconfortan, serenan y limpian.

EL DIARIO.

Del camino andado

por Marco M. Avellaneda

Por lo que al volumen que acabamos de leer se refiere, nos resulta una antología con verdaderos modelos de los distintos géneros literarios que contiene.

Desde la primera página del libro el lector se siente atraído por el talento y la cultura excepcionales del autor al que distinguen, la atención absorbente que le inspiran las peculiaridades de nuestra economía social y su opinión concienzuda manifestada en un estilo literario fácil, armonioso y ejemplar.

LA EPOCA.

El corazón de María

por Vicente A. Salaverri

He leído la novela de Vicente A. Salaverri titulada "El Corazón de María", de un tirón sin la menor fatiga, sin el menor cansancio intelectual, y con interés creciente, y sacudido, con frecuencia, por emociones dulces o fuertes, y viendo desfilar ante mis ojos seres de carne y hueso, y paisajes de nuestra campaña, y todo ello descrito con precisión y vigor y colorido.

Lo primero que sorprende agradablemente en esta novela, es la sobriedad con que están descritos los varios incidentes que constituyen su trama, y la verdad o realidad de los personajes que en ella se agitan. En las primeras palabras con que el autor los presenta, surge ya, claramente, como en relieve, el carácter de ellos. Hay movimientos, hay acción, hay verdad y hay colorido en esta novela. El talento de su autor es indiscutible.

HORACIO MALDONADO,
En *La Razón*, de Montevideo.

Irremediablemente

por Alfonsina Storni.

La señorita Storni es el más valiente de nuestros poetas del amor. Sus versos que tienen una transparencia de agua que corre, nos dan, día tras día, las emociones de la autora contándonos sus desfallecimientos, o contándonos sus esperanzas, diciéndonos sin antifaces ni medios tonos, todo lo que sufre y espera aquella desnuda alma salvaje. ¡Qué lejos se está con ella de la generalidad de nuestros rimadores casi bizantinos, que porque no se atreven a decir nada, o nada tienen que expresar, nos dan en estrofas frías y perfectas el pálido malabarismo de su retórica sin emoción o de sus imitaciones sin valor! ¡Qué lejos de Versailles, de los cisnes, del Partenón, de Colombina y de Polichinela, con esta fuerte mujer de nuestra raza que nos dice, en bravos versos extraordinarios lo que nosotros mismos desearíamos decir todos los días!

LUIS MARIA JORDAN.

Glosario de la farsa urbana

por Roberto Gache.

Roberto Gache se revela un humorista culto, lleno de matices. Su lema parece ser aquel de France, cuando recomendaba darle por testigos a la vida la ironía y la piedad. Porque Gache no es un crítico demoledor. Hay un algo de afectivo, de bondadoso, de fraterno, en las ingeniosas páginas de su obra. Larra sin amargura, Azorín trasplantado a un medio más dinámico, donde es preciso decir las cosas con mayor presteza, eso es Roberto Gache en este libro ameno, pintoresco y sugestivo, que hemos leído de un tirón.

V. A. S.
En la revista *Pegaso*, de Montevideo.

Raquela

por Benito Lynch

Es, a juicio nuestro, la verdadera novela del campo. La verdadera novela del campo en cuanto da una impresión, neta y precisa, del ambiente y de los tipos. Los personajes quedan trazados con cuatro rasgos. Tan certeramente, que se hacen inconfundibles a través del relato. La fábula es sencilla. Pocos episodios bastan para interesar y conmover.

—... de "Raquela" cabe decir que encierra una de las más notables descripciones que se han hecho del incendio en los campos. Es maravilloso de precisión aquello, pleno de incidentes fuertes. La muerte de la yegua, con cuyo cuerpo abierto y sangrante se pretenden atajar las llamas es de una rotundez que toca en realidad. Nadie dice que Lynch no presenció lo que escribe. La frase es corta; los modismos apresados con picardia. Cuando el pasaje lo exige, el estilo es cálido o galano, áspero y firme.

LA RAZON, de Montevideo.